

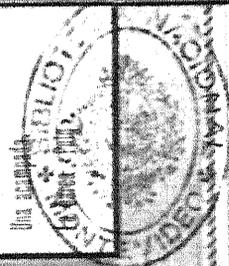
ARTICULOS



Cuba Propag.
Los reos de «La Cruz»
Los Niños
Una escuela
Montevideo, Uruguay

SAYSOY CARRASCO

Los Reos de la Vía Estera.
Santa Fe de
El «Faper» en la brecha
Una quema en el campo.
Una escuela



MONTEVIDEO

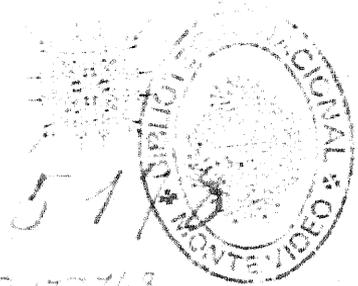
1938

ARTÍCULOS

DE

SANSON CARRASCO

4188579. A159. 16



R. 122748

MONTEVIDEO

IMP. Y LT. «LA RAZÓN», CALLE CERRO 17

1993



Señor Daniel Muñoz.

Estimado don Daniel:

Contando anticipadamente con su perdón—y contaba sobre seguro, pues que tengo motivo de conocer la generosidad de sus sentimientos—me había propuesto hacer sin autorización previa, una pequeña edición de un librito en que estuviesen reunidos algunos de los artículos literarios últimamente publicados por usted.

Ese propósito obedecía al deseo de darle, al par que una sorpresa, que me imaginaba agradable para usted, una muestra de cariño, lo que era altamente grato para mí.

Pero, por mucho que la idea me alhajase, por completa que fuera mi confianza en la bondad de usted, al ir a imprimir las primeras páginas no he podido sustraerme al temor de que siquiera mínimo disgusto pudiera causarle, y, mas que todo á la duda de si no procedía mal.

Y esta es la razón por que me tiene usted en su presencia solicitando la autorización que necesito y que espero me será concedida siquiera sea en gracia á la sincera y profunda estimación que le profesa, su affino, y S.-S:

Manuel de León.

Diciembre 4 de 1892.

Señor Manuel de León.

Estimado regente y amigo:

Tenia resuelto no hacer por ahora edición ninguna de los artículos que he publicado en el diario, dejando para cuando me retire definitivamente del periodismo, que espero será muy en breve, seleccionar y coleccionar algo de lo que he escrito; pero ya que usted se ha puesto á esa

tarea contando de artemano con mi beneplácito, no tengo inconveniente en que haga usted por su cuenta una edición, eligiendo los artículos que quiera, siempre que no sean de propaganda ni de polémica sobre asuntos políticos ó religiosos.

Queda usted, pues, autorizado para disponer de mis artículos para esa edición que proyecta y le deseo el mejor éxito, no solo por usted, á quien sé que no lleva ningun móvil de luero, sino para propia satisfacción mía ya que ese éxito depende de la buena acogida que el público se sirva prestar á los escritos de su afino.

DANIEL MUÑOZ.

Diciembre 5 de 1892.



LAS ROSAS

DE LA

“VILLA EASTMAN”

Parece un cámen de Granada esa hermosa posesión del señor Tomás Eastman situada en la avenida que vá al Paso del Molino, con la morada de arquitectura árabe coronada por elegante y esbelto minarete cuya flecha hiende el ambiente diáfano de estos días primaverales en que toda la naturaleza parece estar de fiesta, engalanándose con los variados matices de las flores zahumándose con sus perfumes y deleitándose con el armonioso trinar de los pájaros que cantan el amor entre el ramaje de los árboles revestidos de nueva pompa de verdura.

Despierta la señorial mansión reminiscencias alhambrescas con sus arcos ceñidos de graciosa cintura y sus ajimeces cubiertos con misteriosas celosías tras de las cuales parece que se oyeran discretos rasgueos de guzla y tiernas cantinelas moriscas, faltando tan solo un curso de agua que remede la tranquila corriente del Genil en cuyo bruído espejo se retra-

tase el palacete de Eastman, para que se le creyese uno de aquellos castillos fantásticos que el refinado gusto árabe levantó en la soberbia vega granadina.

Como todo, el arte humano queda ahora eclipsado por el arte de la naturaleza. El castillo morisco de Eastman no se vé en este mes en que florecen los rosales que lo circundan, pintando con matices multicolores los cuadros del jardín. Absorbe toda la atención aquella variada colección de rosas en que se ven los ejemplares más notables que la floricultura ha producido, cada uno de los cuales recuerda algún nombre ilustre ó algún parque histórico, reproduciendo toda la vida galante del reinado de los Luises, haciendo revivir en cada flor alguna de aquellas aristocráticas pecadoras que desalojaban reinas de su trono y de su tálamo, usurpándoles la privanza del monarca y las caricias del esposo.

Qué flores! qué formas! qué colores! qué perfumes! ¿Cuál es la más hermosa? ¿cuál la más gallarda? ¿cuál la más atrayente? Todas! Se diría que es un pueblo de bellas mujeres sin reina, ó mas bien una corte de reinas, de las cuales ninguna cede á otra la palma. La rosa es de todas las flores la más femenina. Tiene algo de mujer, de la que pinta en sus pétalos los sonrosados tintes de las mejillas y la grana incitante de los labios. Las hay blancas como las aristocráticas *ladies* inglesas, atezadas como las ardientes hijas del mediodía, amarillentas como las bayaderas

javanesas; rosadas como las lozanas bellezas del Norte y pálidas como monjas histéricas; altivas como las damas romanas y lánguidas como las odaliscas del harem; ataviadas todas con corolas que recorren todos los tonos del colorido, desde la púrpura aterciopelada hasta el sonrosado desvaído; desde el amarillo anaranjado del salmón hasta el pajizo desteñido; unicolores unas, pintando otras en cada guirnalda de sus pétalos las gradaciones del matiz; otras remendadas de diversas tintas; arrellanadas éstas, aquéllas deshojadas; las unas lozanas erguidas en su tallo; las otras marchitas doblegadas hacia el suelo; confundidas todas en aquella orgía de colores y de perfumes que deleitan la vista y embargan el cerebro con las capitosas esencias de la reina de las flores.

Son miles de rosales que exhiben como en un certámen todo el lujo de su florescencia variopinta y multiforme; capullos que apenas dejan ver dentro del cáliz, todavía entrecerrado el pezón de la flor como el seno incipiente de una vírgen; pimpollos que se entreabren con toda la lozanía de la juventud gallardeando sobre sus erguidos tallos; rosas completamente abiertas ya en todo el esplendor de su hermosura: enanas unas, moteando la tierra negra con variados colores; otras empinándose sobre esbeltos troncos de eglantina; enredadas otras en caprichosos zarzos de donde cuelgan en racimos floribundos; éstas solitarias en su pedúnculo como si desdeñaran la

compañía de sus hermanas; aquellas rodeadas de botones como cariñosas madres por sus hijuelos; las demás allá apiñadas en grupos, compitiendo todas en gracia y belleza, mientras que las que han sido ya fecundadas se desvisten de sus pétalos, como se despoja la novia de sus atavíos, preparándose para la maternidad.

Yo me esplico la afición por las flores, como me esplico la afición por los pájaros, que son también flores sueltas con alas y con música, porque la siento, y cifro todo mi anhelo en no envejecer sin llegar a ser suficientemente rico para poder costearme el lujo de tener un serrallo de rosas como el que tiene don Tomás Eastman en medio del cual lo veo todas las tardes, sentado á la sombra de los añosos pinos de su parque, contemplando todas aquellas bellezas que ha logrado reunir con paciente empeño é inteligente selección, y que retribuyen sus cuidados engalanándose para él, con toda la pompa de su floración esplendorosa y zahumándolo con sus delicados aromas entonando el himno del color y del perfume á la deidad primaveral que fecunda las entrañas de la naturaleza para hacerla madre de todo lo que hay de hermoso bajo la azulada techumbre del cielo.



“ SANTA ECILDA ”

CABAÑA DEL SEÑOR FEDERICO PAULLIER

A siete leguas de la ciudad de San José, al vadear el arroyo Escudero, se entra ya en los campos del señor Federico Paullier, una vasta zona dedicada en parte á la agricultura y en parte á la cria de animales finos, tanto vacunos como caballares. Visité el establecimiento hace algunos meses, y me ocurre ahora recordar las impresiones de mi estadía en aquel pintoresco sitio con motivo de haber visto ayer un lote de hermosos productos de la Cabaña «Santa Ecilda», traídos para la venta, y que están en exhibición en la casa importadora de animales de raza situada en la Plaza Cagancha, productos que merecen verse no solo por la buena sangre que sus formas acusan, sino también por el estado en que son presentados, que revela el inteligente cuidado del encargado de la Cabaña, mister Edward Smith, que trae su reputación bien sentada como caballero experto y competente.

La cabaña «Santa Ecilda» comprende dos importantes instalaciones, la una sobre el arroyo Escudero, destinada á la cría de ganado vacuno y á la explotación de las industrias de lechería, y la otra sobre el Arroyo Cufre, destinada á la cría caballar. En la primera está la casa principal, situada en la cresta de la loma; una verdadera casa de campo, sin pretensiones arquitectónicas por fuera, pero llena de comodidades en su interior. La rodean varias dependencias: el escritorio de administración, los talleres de carpintería y herrería, las cocheras, la oficina telegráfica cuyas líneas ponen al señor Paullier al habla con Montevideo, Buenos Aires y Europa, circundados todos estos edificios por añosos ombúes que forman el guarda-patio, dando acceso por un lado á los potreros de pastoreo y por el otro al jardín y los montes frutales.

A las dos cuadras del edificio principal está la lechería, un vasto galpón, de cien metros de largo, que sirve de establo para las vacas y terneros, y de depósito en los altos para alfalfa y pasto seco. Contiguo está otro galpón, donde se fabrican los quesos y la manteca, provisto de una desnatadora á malacate, y de un ventilador altísimo que renueva y refresca el aire del amplio y profundo sótano en que se conservan los productos de la fabricación. El galpón de los establos se abre en una galería de arcos sobre el corral de encierro de las vacas que se

ordeñan, cuyo número sube á algunos centenares.

La instalación es completa y muy inteligentemente distribuida para facilitar la administración y vigilancia de aquel importante establecimiento, que tal vez no tiene igual en la República y en el cual se han invertido ingentes capitales.

A corta distancia de la lechería ha planteado el señor Paullier un viñedo que empieza ya á producir, y sobre el arroyo Escudero, ocupa una extensión de algunas cuadras un monte de álamos, que cuenta ciento setenta mil árboles dispuestos en filas rectilíneas que se extienden como interminables galerías de columnas esbeltas, techadas por la bóveda verde del follaje, y alfombradas por la hojarasca desprendida de aquellos millares de álamos que todos los años se desvisten de su pompa para reverdecer de nuevo elevándose en busca del aire y de la luz.

El campo está dividido en numerosos potreros destinados á las diversas razas de cría. En uno se ven las vacas holandesas, corpulentas y pesadas, manchada la piel de blanco y negro, abiertas de patas por el volumen de las ubres, verdaderos odres henchidos de sabrosa leche, deformadas ya por la maternidad, mientras en el potrero vecino pastan las vaquillonas de la misma sangre, de igual pinta que las madres, pero todavía correctas de formas, las astas pequeñas, prendidas en el moño crespo, como una peineta.

En otro potrero se ven los toros reproductores

cachacientos y tranquilos, mostrando toda la pureza de la sangre en el rugoso morro de cerdas encrespadas y en las manchas típicas de la raza, mugiendo gravemente como para llamar á sosiego á los torillos que retozan y luchan entre sí, enardecidos por instintos precoces.

En otros potreros se ven los ganados normandos, de notable corpulencia, distinguiéndose tambien por la uniformidad del pelo, overo con tonos barcinos. Los ejemplares importados son sobresalientes, tanto los toros como las vacas, y las crías no desmerecen de los progenitores. La vaca normanda es considerada como la mejor lechera, pues compite en cantidad con la holandesa y en calidad con la suiza, ofreciendo la ventaja de ser una raza que se aclimata perfectamente en el país.

Pero bajo el punto de vista de la correccion y belleza de formas ahí están las vacas y toros suizos, separados como los anteriores en potreros por sexos y por edades. Las vaquillonas sobre todo atraen por su esbeltez, por la finura de los remos, por la gracia de la cabeza pequeña, coronada de astas finas y pulidas y sombreada por las orejas enormes y redondas que abanicán con cierta coquetería femenil. Su pelo, terso y brillante como seda, sombreado de tonos leonados en los flancos, blanquea en el lomo, como si conservase la huella iudeleble de la nieve de las montañas en que nació la raza.

Y de todos estos animales de pura sangre, oriundos de diversos países, se ven rodeos enteros, que á la distancia se distinguen como regimientos vestidos con varios uniformes: aquí un grupo de holandeses manchados de blanco y negro; allá un pelotón de normandos, chorreados con listas barcinas; más lejos una punta de suizos, de lomos nevados, perezosas las vacas, graves los toros, las vaquillonas ágiles é inquietas, la torillada retozona, dando todos movimiento, color y vida á la pradera ondulosa, que se extiende hasta confundirse con el horizonte, moteada aquí y allá por grupos de árboles entre los que blanquea alguna que otra casa lejana.

A poco más de una legua de la población principal están situadas las caballerizas de la cabaña, con una instalación que nada deja que desear como amplitud, comodidad, ventilación y demás condiciones necesarias para el cuidado de los caballos. El edificio es extenso y ancho, dividido en dos pisos. En el bajo, al centro, están los pesebres, y el alto sirve para depósito de maíz, cebada, avena, pasto y alfalfa. En el centro, un gran depósito de agua, la distribuye por cañerías á todos los abrevaderos. Arriba están también las máquinas para triturar el maíz, para picar la alfalfa, para mondar la avena y para otros usos análogos. Cada pesebre es una pieza espaciosa, en la que el animal se encuentra en entera libertad, teniendo á su alcance el pienso y el agua, y en un rincón la

mullida cama de paja para descansar. ¡Cuántos desventurados se cambiarían por un animal de aquellos, para poder vivir á la bartola, servidos, alimentados, aseados y mimados como príncipes!

Mister Smith, el jefe de la caballeriza, un inglés que tiene más nervios que carne y que habla con los caballos haciéndose entender, como si los nobles brutos comprendiesen el significado de las palabras por el tono y el gesto con que se las dice, hizo desfilar uno por uno los padrillos de la cabaña, tres de carrera, uno de andar y tres de tiro.

El primero que desfiló, *Kimbolton*, hermoso caballo alazán, hijo, nieto y biznieto de gloriosos campeones del *turf* inglés. Corre por sus venas sangre de la más ilustre prosapia caballar, y la muestra en la corrección y perfección de sus formas, en la noble cabeza altiva y erguida, en la sólida estructura de los aplomos, en los poderosos pechos, en toda la admirable proporción de los miembros. Comparten con él los deleites del harem yeguarizo *Flic-Flac* y *Kleber*, fruto el primero de nobilísimo árbol genealógico, y bien conocido el segundo en nuestra pista, que muchas veces ha recorrido triunfante, paseando victorioso los colores de la caballeriza de Paullier, que llevan aun dentro de casa, como divisa, "en" as teras de los bozales.

Otro de los potrillos es *General Prim*, caballo andaluz, tordo rodado, de hermosa estampa, y de unos

andares en que va 'mostrando toda la gracia y la sal de la tierra en que nació. Salió del pesebre encabritándose, echando luz por los ojos negros y brillantes y resoplando fuerte por las narices abiertas. Después se aplomó, erguió el cuello elegantemente, relinchó encrespando las crines, y echó á trotar en redondo con tan acompasado garbo y tal soltura de remos que no parecía sino que el animal, convencido de su belleza, se preocupaba de realzarla con el donaire de los movimientos.

Black Eagle es un padrillo trakenen, negro como el azabache, lleno de poder y de bríos, de encuentros fornidos, fuerte y ágil á la vez, admirablemente proporcionado, luciente el pelo como un sombrero de felpa. De mayor alzada que él, más recio de textura, pero no menos hermoso de formas es *Neptuno*, padrillo oldemburgués, negro también, desarrollado de pechos, poderoso de brazos, los garrones nervudos, mostrando en todos sus miembros la fuerza para el arrastre y en la dulzura del ojo la mansedumbre de la raza.

El último que salió, *Limberdick*, haciendo corvetas y así, caminando con las patas y manoteando en el aire, recorrió un trecho, hasta que se plantó en medio del picadero, nervioso é inquieto, tornasolado el pelo zaino con medallones oscuros. *Limberdick* es un potrillo Morgan, de muy buena sangre, trotador célebre y animal hermoso por donde se le mire. Una

vez que se aquietó, se puso á trotar, braceando con tal gracia y agilidad, que parecía que no pisaba. El potrillo Morgan de Paullier no desmerece nada por sus formas del *Lyon* y del *Young American Eagle*, los dos caballos que dieron fama á las crias de don Vicente Casares en Buenos Aires.

Los siete padrillos de la cabaña «Santa Ecilda» que dejo nombrados, son soberbios ejemplares de sus respectivas razas, no sólo por lo que muestran, sino también por la sangre de cada uno de ellos, acreditada en las correspondientes genealogías. Pero, aparte de la obra de la naturaleza, hay que admirar en esos animales el esmero con que son cuidados bajo la inteligente dirección de Mr. Smith. Cada caballo está lustrado como un mueble. Se diría que en vez de rasquetearlos y acepillarlos, se les barnizara con esas brillantes lacas japonesas que relumbran con tersuras de cristal. Cierto es también que cuando Smith se pone á limpiar un caballo tiene tarea para dos ó tres horas. Le lava los ojos y las narices, le atusa las crines y el copete, le peina la cola, le hace la policía de los cascos como si de las uñas de las manos se tratara, le pela las orejas, le trasquila las ranillas, lo rasquetea, lo acepilla, lo frega con badana, lo lava, lo enjabona, lo enjuaga y creo que hasta lo almidona y lo plancha, dejándolo terso y lustroso como la pechera de una camisa.

Y todo esto lo hace Smith sin fastidiar al animal,

aquietándolo con palabras dichas en tono cariñoso cuando se impacienta, palmeándolo con mimo, entreteniéndolo con engaños y caricias, tratándolo como trataría un ayo á un príncipe para no molestarlo. Y así se explica que aquellos animales, mantenidos en el ócio, enardecidos por el celo, briosos por naturaleza, sean para su cuidador mansos y dóciles, y que obedezcan á su voz, y que le laman las manos como en demostración de gratitud por el buen trato que les da y los cariños que les prodiga.

Rodean las caballerizas varios potreros en los que pastan las yeguas, entre las que hay muchas de noble estirpe y algunas ganadoras en nuestros circos, como *Lady Flora*, *Farsita* y otras. Lo mismo que para las crías vacunas, hay para cada raza caballar diversos potreros, unos para las madres, y otros para los potrillos y las potrancas, por cuya sangre no hay que preguntar, porque ellos mismos la revelan en su manera de andar. Así, por ejemplo, aquel grupo de potrillos de año que juegetean alejados de las madres, son sin disputa hijos de *Kimbolton* y de *Flic Flac*. Retozan como muchachos en día de asueto, y de repente, como movidos por el instinto de su raza, echan á disparar, y carrerean zafanosamente, atropellándose por ganar la delantera, mordiéndose y coceándose para no dejarse pasar, hasta que las madres les relinchan como advirtiéndoles que no se alejen mucho, y entonces se paran, se agrupan asustados de

encontrarse solos, y de nuevo echan á correr parando el rabo y amusgando las orejas, disputándose el triunfo de la carrera, mientras las madres los miran como juzgando de las aptitudes que revelan en aquellos ensayos en que ejercitan la velocidad y la resistencia.

En otro potrero se ve una cuadrilla de tordillos azafranados, sabinos, lunarejos, que muestran ser hijos del padrillo andaluz en la soltura conque trotan y en la gracia conque escarcean. Aquellos otros descendien de *Limbardick* pues bracean como él y denuncian su sangre la corrección de las formas y la agilidad de los andares. Las crías de *Neptuno* revelan lo que serán en el grosor de los nudos y en la precocidad de crecimiento, mientras los descendientes del trahenen llevan el sello de su raza en la regularidad y proporción de los miembros, bien desarrollados y repartidos.

Así como tiene Paullier rodeos enteros de vacas suizas, holandesas y normandas, tiene también manadas numerosas de yeguas y crías de carrera y de tiro, puras y mestizas, que van refinando gradualmente, ensayando diversos cruzamientos.

Mucho tendria que extenderme para dar noticia de todas las dependencias de la cabaña « Santa Ecilda » y de la colonia agrícola del mismo nombre que le está anexa, en la que se cultivan algunos miles de cuadras de trigo y maíz, y que cuenta con un impor-

tante núcleo de población, en el que hay escuela é iglesia y varias casas de comercio.

Pero he de concluir forzosamente, porque la reseña detallada me llevaría muy lejos. Me basta decir, para terminar, que el establecimiento del señor Paullier hace honor al país, pues está instalado como los mejores de la República Argentina, con todos los adelantos civilizadores que se han introducido en las industrias rurales.

Lástima no poder decir que don Federico Paullier haya sacado tanto provecho como gloria de su iniciativa progresista. El país no responde á esos esfuerzos, ni hay en él instituciones que los secunden y fomenten, ni voluntades que los estimulen. Fuera de una docena de hombres que saben apreciar la tarea y las fatigas y las luchas que representa la planteación de ese importante establecimiento, los demás se encogerán de hombros y no faltará quien acuse de loco al innovador que ha intentado civilizar el trabajo y mejorar la cria de ganados arriesgando en la empresa ingentes capitales.

Loco, sí: cien veces loco, porque la cordura en este país, según el criterio dominante, consiste en amarrar los pesos con buenas hipotecas garantidas con pactos de retroventa, en vez de comprometerlos en obras de progreso; y para los que así piensan, sería el señor Paullier hombre mucho más meritorio si en vez de invertir capitales en máquinas, instala-

ciones y compras de padrillos finos y de vacas holandesas, normandas y suizas, se hubiese dedicado á ordeñarles el interés del uno por ciento, sin pasar zozobras por la seca, ni angustias por la langosta, ni sufrir ninguna de las contrariedades que trae aparejado el trabajo.

Deseo sinceramente que el señor Paullier pueda atravesar sano y salvo esta borrasca que todos vamos corriendo, porque si desgraciadamente llegara á tropezar y cayera en manos del Santo Oficio dispensador del crédito, de seguro que lo queman vivo por pícaro, es decir, por haber fundado un establecimiento que hace honor al país, que es la mayor heregía que se puede cometer en esta patria de Artigas y del oro sellado.



EL "EMPEROR" EN LA BORRASCA

De repente, toda la ciudad se estremeció al soplo furioso de una racha del Pampero; puertas y ventanas se golpearon con estrépito quebrando sus cristales; flamearon las banderas dando chasquidos de látigo y haciendo dobligar las cimbreantes astas, y todos los papeles dispersos por las calles volaron en raudos remolino como bandadas de aves espantadas huyendo del peligro, mientras los alambrados del teléfono arrancaban zumbidos al viento, como gembundas arpas eólicas suspensas en el espacio.

La calma gris de aquel mediodía lluvioso transformóse en un minuto en desatada borrasca que parecía querer arrasarlo todo á su paso. Nubes sueltas desprendidas del entoldado cielo volaban rastreras, desgarrándose entre las agudas flechas de los pararrayos; y la mar, despertada de su tranquilo reposo, se agitaba en las violencias de la tempestad que removía sus senos. El puerto era el escenario que atraía la curiosidad de todos, y á poco rato de iniciarse la tormenta se agrupaban centenares de curiosos en la costa, escalonados desde los depósitos de Capurro hasta la Comandancia de Marina, guareciéndose tras de los edificios.

El viento entraba directo por la boca de la bahía arreando las olas que se atropellaban las unas sobre las otras haciendo cabecear los buques, que a proados al Pampero se aguantaban con las cadenas y calabrotes tesos de sus amarras. Las embarcaciones del tráfico, sorprendidas en su faena de carga al costado de los trasatlánticos, volvían á sus fondaderos dejándose llevar por el oleaje sobre el cual rodaban como pesadas moles, y una tras otra pasaron tres barcas pescadoras, corriendo á impulsos de sus velachos de proa, aferrada la latina á la alta entena, flameantes como gallardetes los girones de la tela desgarrada por los primeros embates de la racha. Volaban los barquichuelos pasando del lomo de una ola al seno de la otra, en una huida desesperada, como aves malheridas en reclamo del nido, esperados con ansia por las mujeres é hijas de sus tripulantes, que desafiando la borrasca, asidas á los pescantes de los muelles, miraban afanosas á la mar para descubrir entre las turbulentas aguas la proa alterosa de las barcas salidas por la mañana, engañadas por la pérdida calma del cielo, y que volvían desbandadas, ahogándose entre espumas barrosas.

El viento arreciaba por minutos. A una racha, seguía otra más violenta como para consumir la obra destructora que la anterior no había podido ultimar, y ante este redoblado embate, algunos barcos empezaban á garrear, impotentes las anclas para aguantar

con sus férreas uñas la violencia del arrastre. El huracán abatía la soberbia de las olas desmenuzando sus crestas en esquirlas que volaban, como dardos de cristal por sobre el mar rugiente, formando una niebla á través de la cual se entreveían los pelados cascós de los barcos forcejeando sobre sus cadenas como potros atados al palenque.

Y prontos para acudir en socorro de quien lo demandase, cruzaban de un lado á otro los remolcadores del tráfico, dejándose hamacar por el revuelto oleaje, acercándose á ratos á la costa para pedir órdenes y apartándose nuevamente sin poder amarrar sus espías á los muelles. De pronto apareció el *Emperor*, con una gran bandera al tope de su mástil albanero, pitando su ronco silbato que tantas veces ha hecho llegar un eco de esperanza á los desamparados náufragos. Parecía uno de esos pájaros marinos que sólo aparecen con la tormenta, revoloteando entre las furias del vendabal y lanzando su grito agorero de desastres.

El *Emperor* avanzó lentamente hasta abordar el muelle, se mantuvo un minuto a proado al viento mientras el patrón recibía las órdenes que desde tierra le trasmitía Lussich, y en seguida, como caballo que impaciente en la raya de partida se encabrita y se atraviesa pidiendo riendas, viró, dió flanco al Pampero, pegó un balance empinándose de proa hasta mostrar la quilla, planchó con la amura de

sotavento la ola que lo columpiaba, y enderezó mar afuera, envuelto en una aureola de espuma, barloventeando impertérrito en su rumbo sin derivar una pulgada, fantástico como un barco teatral en medio de aquella dramática escena en que la tempestad desataba todos sus furres.

Y así siguió avanzando contra el huracán, coronando unas veces el oleaje, hundiéndose otras en sus profundos pliegues, hasta perderse entre la niebla, dejando oír á intervalos su ronco silbato, en busca de aventuras, como caballero andante de los mares dispuesto á socorrer á todos los agraviados por el implacable móstruo de la borrasca, desafiando las furias de Eolo y las iracundias de Neptuno á quienes ha disputado victoriosamente la presa en repetidos encuentros que han sido otras tantas hazañas que viven en la gratitud de centenares de hombres salvados de una muerte inalible, y en el recuerdo de todo el pueblo, que mira al «Emperor» como una gloria propia, acompañándolo en todas sus audaces excursiones con votos de éxito, seguro de verlo volver triunfante, como tantas veces ha vuelto, despues de recorrer todo el vasto estuario en medio de las más violentas tempestades que lo hayan agitado, de cuyos fastos conserva la huella en los honrosos remiendos de su casco, como muestra el guerrero sus hazañas en las cicatrices de su cuerpo.

UNA QUEMAZÓN DE CAMPO

Acabábamos de almorzar y nos disponíamos todos los habitantes de la estancia á dormir la siesta en aquel medio día de Febrero, sereno y cálido cuando se presentó un peón diciendo al dueño de casa que había fuego en el campo, allá, en el fondo, en la rinconada sobre el camino, donde había acampado aquella mañana una tropa de carretas.

Nos acercamos todos al guarda-patio y vimos allá, á lo lejos, á dos leguas de distancia, una humareda ténue, que se fundía en el ambiente azul. El campo parecía un trigal maduro. Los pastizales resecos respiraban un vaho ardiente y tembloroso como de aire recalentado por una hornalla. Soplabá una brisa del Norte, precisamente del lado de donde había empezado el fuego, que se extendía por minutos, ensanchando la línea del incendio.

No había más que un caballo atado bajo un ombú. Montó en él un muchacho, y mientras echaba la tropilla al corral, tomó el dueño de casa las disposiciones necesarias para acudir á extinguir ó á limitar, por lo menos, el fuego. Cada uno de los peones se munó

de un cuero de oveja, se llenaron dos damajuanas de agua y una de caña, y todos llevaron sus aperos al corral, esperando la llegada de los caballos, que ya se veían venir por un bajo, al galope, arreados en tropel por el muchacho.

La quemazón avanzaba velozmente entre torbellinos de humo espeso que se redondeaba en grandes copos, como bocanadas de cañonazos. Desde lo más alto del cielo el sol dejaba caer sus rayos á plomo, marchitando el campo y los árboles, cuyas hojas se acartuchaban quemadas en el ambiente de fuego que respiraban. Parecía que el incendio venía de arriba, de aquel cielo azul en cuyo centro llameaba el sol como un cráter en ignición, caldeando el aire.

Pronto estuvimos todos á caballo. Eramos unos doce entre hombres y muchachos y galopábamos en pelotón, trillando el pasto, que se quebraba como hebras de vidrio. Antes de media hora estábamos ya á pocas cuadras de la línea de la quemazón, que exhalaba un hálito ardiente, sofocante, como si viniese de la boca de un horno inmenso. Los caballos, con las orejas paradas, las narices abiertas, los ojos inquietos se encabritaban, se resistían á seguir adelante, aterrizados por el fuego que ya parecía quemarnos aunque estaba todavía distante. El incendio coronaba entonces una cuchilla, y nosotros llegábamos á la vez á la cima de la opuesta, separadas ambas por una cañada angosta.

De la hondonada venía corriendo hacia nosotros una manada de yeguas, en desordenado tropel, despavoridas, relinchando de miedo, arreadas por el fuego que chisporroteaba con chasquidos de látigo, como azuzando á las bestias. Al vernos, en vez de seguir corriendo, las yeguas remolinearon en torno nuestro, como buscando amparo en el desastre que arrasaba su querencia. Dos padrillos, un tostado y un oscuro, con las crines revueltas y casi cegados por el espeso copete, repuntaban las yeguas rezagadas, seguidas de los potrillos, que sin darse cuenta del peligro, retozaban como en una fiesta, con esa inconsciencia con que los chicuelos festejan los mayores desastres. Los pobres animales en vez de huir, se aproximaban, desorientados por el miedo, sin saber hacia donde escapar, y como nos siguieran, fué necesario arrearlos, hasta que salieron disparando á la desbandada, haciendo retumbar el suelo con ruidos sordos de tronada lejana.

El fuego saltó la cañada, incendiando las masiegas que la bordeaban, y amenazando un cardal extenso que cubría toda una cuchilla. Corrimos todos para tratar de cortar el incendio por el lado de los cardos, y ya tres hombres habían echado pie á tierra para sofocar el fuego golpeándolo con los cueros de carnero, cuando uno de los muchachos gritó:—¡Patrón! parece que el rancho de Antonio se está quemando.



Se veía, en efecto, que el incendio rodeaba ya la población indicada, distante una media legua á la derecha. La línea de fuego abrazaba ya una extensión inmensa y era inútil pensar en dominarlo con tan poca gente. Abandonamos, pues, la defensa del cardal y acudimos á la casa amenazada, donde vivía el puestero Antonio con su familia, la esposa y cuatro hijos pequeños. Pero antes de alejarnos, oímos un fogonazo, como si de golpe hubiese ardido una parva de paja. El fuego había llegado al cardal y saltaba de una alcachofa á otra incendiando los plumerillos de la semilla, que ardían en una llamarada inmensa, como pólvora suelta, y mientras así corrían las llamas en ráfagas sobre las flores reseca de los cardos, avanzaba más lentamente el fuego por debajo quemando los troncos que crepitaban con estallidos de cohetes.

El campo, en lo que alcanzábamos á ver, era toda una hoguera. El humo nos envolvía en una nube sofocante en medio de la cual continuábamos galopando, en dirección al rancho, que á intervalos se distinguía, todo rodeado de fuego. Nuestros caballos, atontados por la fatiga y el calor, ya no hacían resistencia para ir á donde los llevásemos. El pasto, algo ralo en las cercanías del rancho, daba poco alimento al incendio, y por allí atropellamos, cerrando los ojos, y salvamos la lista de fuego, pasando al campo ya quemado, sobre cuya costra caldeada apenas asentaban los

cascos nuestros caballos, que brincaban despavoridos.

El puestero Antonio defendía su rancho con denuedo, sin desmayar despues de media hora de lucha ruda contra el voraz elemento que lo rodeaba. Al ver que el fuego avanzaba en dirección á su casa se había apresurado á sacar sus pocos muebles, amontonándolos en el centro del rodeo de las ovejas en el declive de la cuchilla que el rancho coronaba, y llevando despues allí sus hijos, había corrido á atacar el fuego, mientras su mujer sacando agua del barril, la echaba á jarros sobre la quinchal del rancho, para evitar que alguna chispa volante la incendiase.

Nuestros peones ya se habían apeado y ayudaban en su tarea al puestero, sofocando el fuego, mientras la mujer corría presurosa á tranquilizar á sus hijos que lloraban á gritos, acurrucados bajo los muebles hacinados en el centro del rodeo. Pronto quedó el rancho á salvo. La línea del incendio avanzaba dejándolo atrás, y ya no había más que apagar las charamuscas que quedaban ardiendo en torno de la casa.

Antes de volver á montar á caballo la gente ayudó al puestero á meter de nuevo los muebles dentro del rancho salvado de aquel desastre que devastaba todo el campo. Las cuchillas quemadas aparecían negras, hasta perderse de vista hácia el Norte. A la izquierda, ardía el cardal en inmensa hoguera, bajo una humareda espesa. Y el fuego seguía siempre su obra de

devastacion, avanzando en una línea estensa que tuvimos que despuntar, galopando siempre para ganar la delantera y tratar de desviar el incendio antes que alcanzase los tupidos espartillares que circundaban la casa principal.

El viento había refrescado, saltando al Este, y el fuego se avivaba con la ayuda de aquel aliado que lo dirigía á los centros mas empastados del campo.

A cada momento encontrábamos puntas de vacas, de yeguas, que corrian como enloquecidas en todas direcciones, mujiendo, relinchando, reclamando las madres á sus crias, perdidas y confundidas en aquel desbande frenético. En un ángulo formado por dos cañadas confluentes, una punta de ovejas permanecía quieta, apretadas todas en grupo compacto, sin hacer nada por huir del fuego que avanzaba sobre ellas, como embrutecidas por el miedo. Dos peones corrieron para espantarlas, y les fué necesario empujarlas con los encuentros de los caballos, para que se apartasen, cuando ya el fuego estaba sobre ellas. Tres cayeron como asfixiadas y no se levantaron mas, mientras las otras seguían al paso, balando, sin saber para donde huir. De repente el grupo remolineó, uua borrega hizo una punta enderezándolo al fuego, lo salvó de un brinco y las demás corrieron trás de aquella repitiendo el mismo salto, y así siguieron, volando mas que corriendo por el campo

quemado, obligadas á brincar sobre aquel suelo quemante como un áscua.

Nos detuvimos en lo alto de una cerrillada pedregosa, de donde se dominaba toda la línea del incendio, que avanzaba en semi-círculo, empenachado de altas llamaradas en algunos puntos en que el fuego hacia presa en los pajonales, y rastrero en otros en que apenas se alimentaba de pastos malos. Parecía la línea de un gran ejército en batalla, cuya formacion abarcaba mas de una legua de extension. Un grupo de venados, hembras las mas, capitaneadas por un macho de alta cornamenta, cedían el terreno palmo á palmo, resistiéndose á abandonar la querecencia. Cuando el fuego los quemaba casi, emprendían la fuga, para detenerse en la loma vecina, las hembras en la ladera, prontas á disparar á la primera señal del venado que quedaba de vijía en la altura, mirando al peligro, inquieto ante aquel enemigo que devastaba sus dominios.

A nuestra vez tuvimos que alejarnos, desalojados por el aliento abrasador del incendio, que avanzaba siempre, quemando los pastos duros y las cardillas nacidas entre el pedregal de la cerrillada, que bajábamos al tranco, con miedo los caballos de rodar sobre aquellos guijarros puntiagudos que les machucaban los cascos. De repente, pasaron entre nosotros como dos exhalaciones, dos zorros, que sin duda al sentir recalentarse las piedras que cubrían su cueva,

la habían abandonado como locos, escapando de las llamas para caer en las brasas, que no otra cosa fue huir del fuego para ponerse al alcance de la perrada que nos seguía y que salió disparada tras de ellos ladrando, ahullando de dolor sobre aquel suelo erizado de puntas, pero encarnizada tras de aquella presa que tan inesperadamente se presentaba, hasta perderse de vista todos, zorros y perros, en una ráfaga viviente, mas veloz que el viento, en una hondanada lejana.

La tarde caía, serenándose poco á poco; una de esas tardes calorosas de fin de verano, en que la brisa parece que toma descanso, como fatigada de la jornada, para agitarse de nuevo en la frescura de la noche. El fuego, falto ya de aquel aliento que lo azuzaba, iba muriendo á orillas de un arroyo sin monte que cruzaba el campo, y al entrar el sol, quedaba confinado á un extremo de la estensa línea, consumiendo las resacas acumuladas por la corriente de otro arroyo montuoso, que limitaba el campo por el Este.

Todo el humo se había ya disipado y solo se veía el que despedía aquella última hoguera lejana, que se elevaba lentamente hasta perderse en el cielo. El crepúsculo se oscurecía gradualmente, invadiendo las sombras silenciosas todo el firmamento y apagando suavemente los resplandores anaranjados del po-

niente. Y en aquella apacible tristeza del día agonizante, parecía que el humo lejano no se elevaba, sino que colgaba del cielo como un crespón lúnebre sobre el campo devastado.

En la oscuridad se enrojecieron las llamas que como último vestigio del incendio se veían cercanas al monte, y volvimos todos á la casa, fatigados, tristes, sin haber podido hacer nada para evitar el desastre consumado. A lo lejos se oía todavía el galope de los ganados dispersos, obligados á correr sobre aquel suelo calcinado, turbando el silencio con mujidos lastimeros, como llorando la devastacion de la querencia.

Cenamos de mala gana, y caímos todos rendidos. Pero yo no podía dormir, apesar del cansancio. En la oscuridad de mi alcoba veía reproducirse todos los incidentes de la catástrofe: el incendio avanzando desde el fondo del campo, el cardal volando en una llamarada como un inmenso reguero de pólvora; el rancho del puestero amenazado por todos lados; y me parecía sentir en torno del lecho la carrera desenfadada de las yeguas y de las vacas, y ver á las ovejas corriendo á saltos, en un movimiento de oleaje, y oír los ladridos de los perros disparando tras de la presa que el fuego les deparaba.

No dormía, pero me sentía invadido por una morderra, ese ser y no ser en que se confunden los ruidos y las visiones que forja el sueño con los de la

realidad. Y oía una voz que decía:—Patron, el fuego, el fuego! ¿Soñaba? ¿Recordaba lo que habia dicho el muchacho en aquel medio día en que vino á anunciarnos el principio de la quemazón? Pero nó; esta vez habia oido claramente la voz del muchacho: era su mismo acento, que repetía á través de la puerta: Patron, el fuego, el fuego!

Me tiré de la cama, entreabrí la puerta y me dijo el chicuelo que el puestero de la costa habia venido á avisar que se estaba quemando el monte. Desperté al dueño de casa, que en la misma pieza dormía, me vestí apresuradamente y salí. Antes de ver el incendio lo ví reflejado en el cielo, al naciente, con resplandores de carmin. El espectáculo era imponente: ardía el monte en una hoguera inmensa, vomitando una humareda espesa arrastrada por la brisa, que habia vuelto á soplar, del Norte nuevamente. El fuego habia hecho presa en lo mas tupido del monte. Y mientras miraba, el puestero que habia traído el aviso me esplicaba la causa de aquel nuevo desastre. La quemazón, casi estinguida durante la calma del crepúsculo, habia continuado consumiendo la resaca dejada por las crecientes del arroyo. Pero entrada ya la noche, á eso de las nueve, refrescó otra vez el viento, avivando el fuego, que siguió avanzando alimentado por las resacas hasta alcanzar las que habian quedado entretejidas en el ramaje de la arboleda. «Yo estaba durmiendo, continuó pero como mi ran-

cho queda tan cerca del monte me despertó el ruido de la quemazón y el tropel de la caballada que se vino sobre las casas. Salí afuera y ya vi que el monte habia empezado á arder. Tomé el hacha y corrí á ver si podia cortar el fuego, pero el calor y el humo me corrieron y me vine á avisarle al patron.»

Todos estaban ya levantados, y como no habia mas que un caballo atado, resolvimos ir á pié. El monte distaba apenas quince cuadras. A medida que nos acercábamos, íbamos apreciando la magnitud del incendio. La isla que ardía tenia mas de una cuadra de ancho y se quemaba desde la linea exterior hasta la orilla del arroyo. Era inútil intentar nada. A espaldas del fuego era posible aproximarse hasta unas veinte varas, teniendo que saportar un calor infernal pero por delante, en la direccion del viento, no se podia llegar ni á cien pasos de la inmensa hoguera, cuyo aliento abrasaba.

Se oía una crepitación continua como si todo un batallón estuviera haciendo fuego graneado. Los árboles se retorcian en estertores de mártires condenados á la hoguera, y antes que las llamas los lamiesen agonizaban derramando su sávia en espumas por entre las grietas rajadas por el calor. No eran defensa contra la destruccion la frescura, la lozanía de todá aquella vejetación verde, fecundada por el limo húmedo con que periódicamente la nutría el arroyo cercano en sus desbordes. El fuego avanzando en

una carga devastadora, iba preparando su alimento para devorarlo en cuanto lo tuviera á su alcance. Algunos árboles se ofrecían ellos mismos al sacrificio, como las viudas de los rajahs indianos, despojándose de su ropaje frondoso para entregarse desnudos á las llamas. A cien varas del incendio, las hojas empezaban á enroscarse, y se desprendían de las ramas que á su vez, asfixiadas por aquel aliento devastador, se contorsionaban violentamente, como previendo su fin cercano.

Los talas se rendían á las primeras embestidas del fuego, dejándose abrasar sin resistencia, resignados á su suerte, mientras los sombra-de-toro se defendían desesperadamente, verdeando aún en medio de las llamas su follaje erizado de púas, resistiendo el asalto, bañados con su savia, como atletas empapados en su propia sangre, hasta que extenuados, impotentes para continuar la lucha, se entregaban al insaciable enemigo que los devoraba implacablemente. Un coronilla secular de cuya alta copa pendían multitud de lianas como trenzas de la cabellera de un gigante, ardía ruidosamente, como un fuego de arteificio, estallando las ramas en petardos que reventaban en soles de chispas. Era una diversión en medio de la catástrofe aquel árbol inmenso, quemándose como una pieza pirotécnica fabricada de cohetes cuyos estallidos resonaban alegremente, como en una fiesta, entre el fragor del incendio.

Era ya pasada la media noche, y el fuego continuaba infatigable su tarea. Toda la isla ardía en una hoguera colosal, que iluminaba una ancha zona de campo, como una antorcha inmensa de resplandores rojizos. Sobre el monte flamiguero rodaba el humo en nubes espesas, surcadas de chispas brillantes que se extinguían y se reproducían incesantemente, como exhalaciones fugaces. Y de repente, aquí y allá, por entre el humo, surgían llamas lívidas, altísimas, desprendidas de la hoguera. Se diría que eran las almas de los árboles muertos que volaban á las alturas infinitas!

En la llanura iluminada con resplandores movidos, se veían cruzar bultos á la carrera, animales enloquecidos por el terror, que disparaban ciegos, deslumbrados por aquella claridad siniestra que invadía los lóbregos dominios de la noche. Una cuadrilla de potros enderezó relinchando al fuego, y al llegar á una cuadra del monte, se pararon todos, en línea, las orejas tiesas, mirando despavoridos el incendio, y despues, como espantados ante el peligro, huyeron á la desbandada, mordiéndose unos á otros, tirándose coces, disparando á corcovos hasta perderse entre las sombras.

Entretanto, la brisa volvía á adormecerse en la placidez de la madrugada cuyas primeras claridades invadían lentamente el horizonte. El incendio continuaba consumiendo los árboles, cuyos troncos en

brasas se abatían desmenuzándose en áscuas. Falto del impulso del viento, el fuego no había podido saltar á otro grupo de monte cuyo follage estaba ya tostado por el calor, pronto á arder al primer contacto de las llamas, y el desastre quedaba limitado á aquel hogar inmenso, alimentado por centenares de árboles que iban desapareciendo poco á poco, derrumbándose despues de haber soportado en pié el suplicio. Pero algunos se mantenían todavía erguidos, como inmensos esqueletos, en actitudes extravagantes, con sus largos brazos retorcidos en los estertores convulsivos de la agonía. A ratos, algunas llamas fugaces surgían del enorme brasero, últimos alientos del incendio, que á su vez sucumbía en medio de los despojos de sus víctimas.

Cuando me retiré, pintaba ya el alba. Descendía del cielo una claridad pálida que iba poco á poco delineando los contornos, despertando los colores, haciendo revivir la naturaleza toda en la grata calma de la mañana tibia. Los animales tranquilizados por la luz del día, descansaban de las zozobras de la noche echados sobre el pasto, manchado el campo con los diversos matices de sus pelos.

Al llegar á la casa, desde la altura en que estaba situada, pude abarcar el conjunto del desastre. Al Norte, en todo lo que la vista alcanzaba, se extendía el campo quemado, como vestido de luto; mientras que al naciente se veía todavía la hoguera moribun-

da del monte en áscuas, sobre la que flotaba en el aire el humo condensado en una nube negra, que se destacaba en la palidez del cielo matinal, semejan-do una inmensa ave de maí agüero cerniéndose sobre toda aquella desolación.



UNA ACAMPADA

En medio de la niebla espesa de una madrugada de Octubre había levantado campamento la división á que accidentalmente estaba incorporado en desempeño de una comisión, una división de caballería, fuerte de novecientos hombres, armados en su mayor parte de lanzas.—Unos pocos llevaban tercerolas ó fusiles recortados, formando un piquete que marchaba á vanguardia, como reserva de las partidas exploradoras. La mañana se había presentado encapotada de gris, velado todo el paisaje por una neblina densa que se condensaba en gotas en las ramas de los árboles, barnizando con la humedad el follaje naciente.—Acampados durante la noche á la costa de un arroyo, en las puntas de la Sierra de Illescas, habíamos tenido que alejarnos del monte, cuyo ramaje goteaba sobre nosotros menuda llovizna. Al clarear el día habían tocado á montar, y la columna se puso en marcha inmediatamente, formando en filas de á cuatro ginetes por no permitir otra formación las angosturas de la sierra que atravesábamos.

El paisaje era de una triste monotonía.—No se

distinguía nada á veinte pasos á la redonda. Parecía que no adelantábamos en medio de aquel ambiente gris que no presentaba un solo punto de orientación. Yo había perdido por completo toda noción del rumbo y dejaba ir mi caballo siguiendo á los demás, al tranco, cerca del vaqueano que marchaba á la cabeza, solo, como un jefe, el sombrero echado sobre los ojos, la cabellera sujeta bajo un pañuelo de seda negra que le cubría las orejas formando marco al rostro bronceado, rijido, en que solo se movían los ojos verdosos, aparentemente velados, pero en los cuales se traslucía una mirada intensa que penetraba al través de la niebla, orientándose sin vacilaciones en aquella comarca agreste y desierta. Montaba un caballo bayo encorado, de mucha alzada, descarnado, mostrando la fuerte armazón de los huesos.

El bayo humeaba por las narices, las dos orejas tiesas, alerta como su ginete, tranqueando largo. Hombre y caballo formaban una sola pieza que se movía á un mismo impulso, enhorquetado aquel sobre el lomillo, el estribo corto para mayor comodidad, la mano apoyada en el mango del rebenque, sobre la cabezada, abriantada la pelusa del poncho con las menudísimas gotas de la niebla.

La marcha seguía silenciosa y monótona por entre la cerrillada pedregosa de la sierra. De repente surgían á uno y otro lado grandes bultos negros de proporciones gigantescas, que se achicaban á medida

que nos acercábamos á ellos, detallándose aquellas masas informes en grupos de piedras por entre cuyas hendiduras brotaban arbustos de espeso y oscuro follaje, y al alejarse, nuevamente se condensaban en bultos enormes que crecían, crecían, borrándose gradualmente hasta desaparecer como fantasmas mudas entre la niebla.

El paso de la columna retumbaba con un redoble sordo en el seno petreo de los cerros que se adivinaban mas que se veían á ambos lados del trillo que seguíamos. De cuando en cuando se oían relinchos de caballos invisibles, y al momento salían en dirección á los relinchos grupos de soldados en procura de aquella presa de guerra, perdiéndose entre la bruma gris. Despues de una hora de camino el vaqueano sujetó ante una cañada que cerraba el paso. Toda la columna hizo alto. Los caballos, al sentir la rienda suelta resoplaban fuerte por las narices y hacían coscojear los frenos. El vaqueano escudriñó los contornos del sitio en que se encontraba, y despues de dos minutos de indecisión, tomó resueltamente á la derecha, costeando el zanjón, erizado de pajas y de juncos.—A poco mas de media cuadra encontró el vado, un paso estrecho, de barrancas empinadas y barriosas.—Vadeó él solo, primero, dejando que el caballo tantease el fondo fangoso de la cañada. El animal manoteó en el agua cautelosamente, y cerciorado de que hacia pié, dió un paso dentro. Sin-

tiendo que se undía, adelantó la otra mano, y encogiéndose los remos traseros, de un salto alcanzó la orilla opuesta, trepando el barranco resbaladizo con paso inseguro, despatarrándose, pegoteada la punta de la cola con el lodo, como la cerda de un pincel. Tras de él pasamos todos los que íbamos en el grupo con los jefes, uno á uno, ahondándose el pantano bajo el chapeteo de los caballos que se hundían hasta las rodillas en aquel fango oscuro, espeso y pegajoso. La soldadesca siguió pasando en tropel, en medio de risas y de gritos. La cañada era un accidente que venía á romper la monotonía de aquella marcha silenciosa por entre un paisaje invisible.

Al pasar al otro lado, oímos, cercanos, ladridos de perros, que al instante nos rodearon avanzándonos con furia. A pocas varas surgió de entre la niebla un rancho, una choza miserable, de paredes de tierra y techo de paja, remendado en el centro de la cumbre con un cuero de vaca yaguane, que parecía un animal extraño de patas cortas y ojos hundidos, que se asomaba por sobre el rancho para mirarnos. No se veía á nadie, ni en el pequeño pátio ni en la puerta del casucho. Bajo una enramada miserable había un caballo overo sujeto por el cabestro del bozal y dos terneros éticos atados en los horcones. Los perros seguían ladrando; sin atacarnos: uno grande, barcino, con las orejas cortadas, otro bayo claro, curtida la cabeza de cicatrices, el rabo arqueado y un cuzqui-

llo lanudo, cegado por los pelotones de lana que le caían sobre los ojos, y que ponía notas tiples destempladas en aquel coro de ladridos.

Después de llamar repetidas veces apareció un hombre, ya entrado en años, flaco de miseria, dió dos pasos fuera de la puerta y se detuvo receloso, hurañó, mirándonos por bajo el ala del sombrero. Resonó los buenos días entre dientes, como de mala gana, y quedó esperando. Después, cobrando confianza nos invitó á apearnos. El overo relinchaba bajo la ramada al sentir el paso de la caballada, que seguía desfilando á alguna distancia. Tres soldados, apartados de la columna, se acercaban en dirección al caballo.

El dueño entonces dirigiéndose al jefe, se quitó el sombrero y le pidió por su overo, el único caballo que tenía para recoger su pequeña majada y sus pocas vacas. Según él, no valía para nada, era un mancarro aguatero, inservible para una jornada. A las súplicas salió del rancho una mujer, envejecida mas por la pobreza que por los años, y unió sus ruegos á los de su hombre para que no le llevasen el caballo. El jefe los tranquilizó asegurándoles que nadie llevaría el overo, y ante esta promesa aquellos infelices prodigaron sus agradecimientos y empezaron á disponer todo para obséquiarlos con mate. Nos habíamos apeado, acuellillándonos al reparo del alero del rancho, mientras los asistentes cuidaban nuestros caballos. A lo lejos se oía todavía el griterío de los sol-

dados que seguían vadeando la cañada, convertida ya en pantano profundo.

A poco se acercó la mujer trayendo el mate, y tras ella apareció otra, una jóven, que no llegaba á los veinte, esbelta en amplitud de sus formas desarrolladas, modelándose las turgencias de su juventud rozagante bajo la bata de percal. Parecía que les había robado toda la savia de vida á los dos viejos enjutos, como esas plantas vigorosas que agostan á todas las que las rodean, dejándolas raquíticas bajo su frondosidad exuberante, atajándoles el amor del sol y chupándoles los jugos de la tierra. Alta, el talle algo grueso pero flexible, el cabello castaño sujeto en trenzas enroscadas en apretado rodete, los ojos garzos sombreados por tupidas pestañas, el óvalo correcto, la boca fresca, la tez ligeramente trigueña, parecía mas que la hija de aquellos seres envejecidos por la miseria, la virgen salvaje de aquella comarca desierta. - Balbuceó un saludo, iluminándosele el rostro de rubores, y entregó el mate que traía á uno de los oficiales. Quedó después parada, mirándonos con ojos extraños, como si fuésemos hombres de otra especie que los que ella conocía. Se veía en su semblante plácido, pintado el asombro del campesino al ver por primera vez un espectáculo teatral. - Nuestros trajes caprichosos, las armas bruñidas, el corraje de las espadas, la apostura desenvuelta, la conversación amena y culta, todo la encantaba, la se-

ducia, dejándolo adivinar en el brillo de la mirada, extasiada en la contemplación de aquel grupo animado de hombres de guerra, bizarros en la originalidad de sus trajes y arreos de soldados revolucionarios. Parecía que le subía al rostro en llamaradas rosadas la revelación de un secreto íntimo, de algo que por primera vez adivinaba, que se agitaba dentro de ella ondulando en sus senos mórbidos que se erguían amenazando rasgar la delgada tela que los oprimía.

La columna en tanto seguía desfilando. Se la veía moverse entre la niebla como una procesión de sombras fugitivas, y todavía se oían en la cañada gritos y risas, dificultado cada vez más el paso á punto de hacerse peligroso. La caballada suelta la habían hecho pasar por otro sitio y se sentía el tropel de la arreada en medio de relinchos y chasquidos de látigos. No menos de tres mil caballos llevábamos de reserva, después de quince días de recojida en una zona estensa. Los campos quedaban trillados al paso de aquella manada inmensa.

Cuando vinieron á avisarnos que toda la columna había ya vadeado, nos preparamos para partir. Los pobres viejos que nos habían hospedado durante una media hora ofreciéndonos todo lo que su estrechez les permitía, nos despidieron con augurios de triunfo en la contienda en que estábamos empeñados, agradeciéndonos nuevamente el haberles dejado el caba-

Ho overo. La jóven de ojos garzos nada dijo. Estaba como aterrada ante la idea de aquella partida brusca que la dejaba nuevamente en la triste soledad en que había vivido. Y cuando montamos y echamos á andar, siguió al grupo con una mirada que traducía, un ruego, como suplicando que le robasen á la tristeza de su virginidad estéril, despertada en aquel rato del sueño de la ignorancia de la vida. Como forzada á obedecer á último impulso de su naturaleza salvaje, avanzó unos pasos hácia el grupo que se alejaba; de repente se detuvo, llevó á sus ojos el delantal que cubría su pollera, y encaminóse con paso tardo á su miserable choza, volviendo repetidamente los ojos brillantados de lágrimas. El overo, bajo la enramada, relinchaba despidiendo á sus compañeros.

El rancho fué borrándose poco á poco de nuestra vista hasta que se lo tragó por completo la niebla y nosotros picamos nuestros caballos, flanqueando la columna hasta ponernos á la cabeza. El cielo empezaba á desgarrarse, dejando ver manchas de azul. La mañana, avanzaba serena y tibia, presagiando lluvia. Llegábamos ya á los últimos estribos de la sierra, y el campo llano se abría por delante, brillando con reflejos de esmeralda las lomas lejanas, ya bañadas por el sol primaveral que había logrado rasgar la niebla amontonándola en espesos copos que se desprendían de la tierra y flotaban errantes en el aire quieto.

Media hora después el paisaje se ofrecía en toda su extensión hasta el horizonte brumoso todavía. El cielo, moteado de bellones azuleaba en lo alto, y el sol calentaba la tierra activando la fecundación. Era un día de primavera avanzada, caloroso y húmedo, en que toda la naturaleza respiraba en ese ambiente pesado de los invernáculos. La columna formada ahora en hileras de á diez, marchaba al trote, apurando para llegar al sitio designado para la carneada antes del medio día. Se le veía ondular como una enorme serpiente siguiendo las sinuosidades del campo marmelado.—Las lanzas brillaban como escamas de plata.—Por delante, coronaban las alturas nuestras avanzadas exploradoras y á un costado iba la caballería suelta, arreada y flanqueada por los soldados encargados de su custodia. El vaqueano, siempre adelante, seguía el rumbo fijo, al tranco andador de su caballo que se descuadrilaba en aquel andar de sobrepaso.

Al dominar una cuchilla que se prolongaba como el lomo de un cetáceo inmenso, apareció en el bajo la cinta oscura del monte que franjeaba un arroyo, el arroyo de Godoy, de curso sinuoso por entre altas lomas —Del otro lado, una casa de material blanqueaba iluminada por el sol.—Hicimos alto en la ladera vertical, cerca del arroyo, y se mandó desencilar. En pocos minutos quedó la falda de la cuchilla poblada de grupos de soldados, que improvisaban hogueras.

No se armó ninguna carpa, ni la de los jefes, que buscaron el reparo de unos árboles para pasar la siesta. El campamento se animaba en la actividad de los preparativos para comer.—Los soldados bajaban con sus caballos á la aguada mientras se hacía la carneada. — Se había exijido al hacendado vecino un tributo de veinte reses que había entregado sin protesta, habituado ya á aquellas exacciones. — Tuvo hasta la deferencia de venir personalmente al fogón de los jefes á saludarlos y ofrecerles lo que necesitasen. Dió noticias de algunas partidas enemigas que habían pasado por allí dos días antes arreando todos los caballos del vecindario.

Cien hogueras ardían en el campamento alumando el cielo, y en torno de cada una de ellas se veían grupos de soldados que mateaban, mientras se cocían los aados. Las lanzas clavadas por el regatón en la tierra, espejeaban al sol, pendientes las banderolas lácias por falta de viento.—Había lanzas de todas formas y tamaños, desde algunas largas y agudas como dagas hasta otras cortas y ovaladas como pequeños peces; lisas unas, y otras bradas, estas con medias lunas sencillas, aquellas con doble media luna, estotra en forma serpentilana, al lado una de tres filos como una bayoneta, y por todo el campamento lanzas comunes, de meharra sencilla, la lanza de tropa encabada en asta corta y récia. Los aperos eran tan variados como las lanzas, ricos unos, chapeados de

plata, y otros pobres, miserables, compuestos de una mala jerga, un lomillo de bastos destripados, y un cuero de carnero.—Todo oreaba al sol en aquel mediodía tibio, pintada la ladera con los colores de los ponchos tendidos en el suelo y las prendas multicolores de los vestuarios caprichosos.

A las tres de la tarde nos pusimos nuevamente en marcha, después de haber dado descanso á la gente y á la caballada. Nos quedaban algunas leguas de jornada para llegar con día hasta Casupá donde debíamos esperar instrucciones, y picamos trote largo desde que nos movimos, apurando para acampar, antes de que se echase encima la tormenta que avanzaba en el cielo desde el Norte en densos y oscuros nubarrones. Al repechar una loma alta se vió toda la columna en formación, las banderas de las lanzas flameantes, agitada toda aquella masa de hombres y de caballos con el sacudimiento del trote. La cola de la larga columna se esplayaba en la llanada, mientras la cabeza coronaba la cuesta de la cuchilla. El clarín de órdenes lanzó una nota aguda, vibrante, prolongada en un calderón que despertó todos los ecos de la campiña concertándolos en bélico coro, y toda la división hizo alto, en una parada brusca. Desde el lomo de la cuchilla en que nos habíamos detenido se divisaba un paisaje dilatado, blanqueando en las alturas sobre el fondo oscuro del cielo tormentoso, varias poblaciones. El nublado no cubría el sol todavía, contrastando sus

reflejos en la pradera y en las casas con el tono plomo mate de las nubes.

Después de cinco minutos de descanso seguimos la marcha. La tarde se echaba pesada y calorosa en el bochorno de la tormenta próxima. Detrás, á lo lejos, se borraban entre las brumas las accidencias de la sierra, que aparecía como una cordillera azulada, recortando sus perfiles sobre una franja de luz amarillenta que iluminaba el cielo en el horizonte. Los ganados huían á un lado y á otro ante el tropel sordo de la caballada al trote. Tres ó cuatro peones que recorrían el campo desaparecieron á toda rienda á la vista de la columna, temerosos de ser reclutados.

El sol caía rápidamente, sin rayos, encendido como un globo de fuego entre los vapores condensados. Era apenas una luz en el cielo, velada por un tul de brumas, sin irradiar un reflejo, sin proyectar una sombra, como esas fosforescencias errantes que no iluminan en torno suyo.—Sordos redobles lejanos, como de tambores fúnebres, llegaban hasta nosotros anunciándonos la tormenta. La cúspide blancusca y redondeada de un nubarrón que se levantaba desde el horizonte se inyectaba de fuego continuamente, anaranjándose y oscureciéndose como si el fuelle de una fragua la encandeciese á soplidos.

El vaqueano apuraba el sobrepaso de su bayo viejo para poder acampar antes de que empezase á llover.—El monte del arroyo negreaba á lo lejos en las últi-

mas claridades de la tarde.—El sol se apagaba en el horizonte como una lámpara falta de aceite —Era ya apenas una mancha amarillenta próxima á ser borrada por el nublado que avanzaba lentamente, conquistando palmo á palmo todo el cielo. Solo en el poniente quedaba una laguna de azul pálido, mientras el firmamento se ennegrecía y parecía descender hácia la tierra, como una inmensa tapa cóncava de plomo, próxima á cubrir todo el paisaje. Solo al resplandor de los relámpagos nacidos bajo el horizonte, se detallaba aquella masa oscura en pesados nubarrones, franjeados de luz fugitiva, volviendo en seguida á unirse en una nota apizarrada.

Llegamos por fin al sitio designada para campamento, en un seno que hacia el monte. Se mandó desensillar de prisa y atar á sogas los caballos que cada soldado traía de tiro. El campamento quedó instalado en corto tiempo. En la garganta del seno, acampó el piquete de fusileros. En el centro se armaron las carpas de los jefes y ayudantes, y en contorno del monte, todo el resto de la tropa. En la ladera de la cuchilla vertiente se hizo ronda á la caballada, que coreaba en continuos relinchos, de e trañeza de la querencia, de llamada á los compañeros, de recelo de la tormenta inmediata. En la penumbra del crepúsculo se vislumbraban, allá sobre las alturas, las siluetas confusas de los centinelas avanzados.

Se hizo la carneada de una punta de ovejas que

habian arreado en la marcha, y que balaban desesperadas, estroñando el resto de la majada, las madres separadas de las crías, los corderos reclamando á las madres, azoradas todas en aquel movimiento y bulli-cio de la soldadesca que las pialaba y degollaba en medio de risas y gritos

El cielo se incendiaba todo en resplandores pajizos que dejaban entrever trozos de paisajes como visiones de linterna mágica. De repente la luz se prolongaba en una raya temblorosa de fuego lívido que hacia palidecer las hogueras del campamento, apagándose en seguida sin dejar un rastro de luz, mientras el trueno repercutía en un redoble continuo, que se acentuaba por momentos como si de pronto se acercase, y ensordecía por momentos como si se alejase en la retirada. Y en medio de ese rumor perpétuo, se oían á ratos, estampidos lejanos de cañones, detonaciones de descargas de fusilería, tropel de caballos lanzados á la carrera, como si todo el ejército del cielo viniese avanzando desde los estremos del horizonte para cercarnos y librarnos batalla en aquel reducido espacio que ocupábamos, en aquel seno de monte, cuya arboleda oscura se iluminaba de un verde claro ceniciento al resplandor de los relámpagos.

Los caballos, atados á las estacas con los maneadores, no pastaban, nerviosos y asustadizos ante aquel pestañear vívido del cielo fulgurante. La cabeza

erguida, las orejas paradas, el ojo brillante, se revolían inquietos, enredándose en las sogas, temblorosos á cualquier roce, como si de todos lados temiesen el peligro. Los cuidadores no cesaban de rondar en torno de la caballada suelta, que amagaba á cada momento arrancar á la disparada.

Los gefes y ayudantes, despues de cenar el asado, mateaban y charlaban en la carpa principal.—La tropa descansaba ya, y solo quedaban encendidos en brasas los fogones, que se apagaban á cada relámpago que serpeaba en el firmamento, como rindiéndose á la mayor potencia de luz.

De repente, una llamarada de un azul lívido abrasó todo el cielo. El paisaje entero surgió de las tinieblas titilando ante los ojos en un resplandor fosforescente durante dos segundos, desapareció repentinamente como si le hubiesen echado encima un denso velo negro y en la lóbreguez de las tinieblas brotó una escala de notas atipladas, que fué subiendo en tonos estridentes hasta estallar en una detonación aterradora que se prolongó en retumbos sordos, como si dos moles inmensas hubiesen chocado en el espacio, desmenuzándose en fragmentos que se derrumbaban sobre la tierra.

Y todavía no acallados los últimos rezongos de aquel trueno que había hecho retemblar el suelo, otra tronada se oyó, sorda, continuada, que parecía brotar de las entrañas del terreno que pisábamos,

como si la tierra, en lucha con el cielo, quisiese hacer alarde de sus fuerzas devastadoras. Aquel fragor de terremoto, originado en la altura, descendió hasta el bajo en que estábamos acampados, se detuvo en la línea de fogones que cerraba la boca del campamento, y de nuevo se replegó á la altura con redoble ensordecedor, al mismo tiempo que dentro del campamento mismo se oía nuevo tropel. Erá la caballada suelta, que al estallar el trueno, había disparado asustada arrollando á los rondadores y precipitándose al bajo. Detenida allí por la línea de fogones, había remolineado y vuelto á emprender la carrera hácia el repecho. Asustados á su vez los caballos atados á sogas, habían echado á correr, reventando unos los maneadores, arrancando otros las estacas, azuzándose todos entre sí con los latigazos de los maneadores. Algunos soldados consiguieron montar en pelos antes que sus caballos se soltasen; los demás se refugiaron en el monte, y gracias á ese reparo no hubo que lamentar muchas desgracias, pues los caballos, enceguecidos por el miedo, enredados unos con otros, disparaban azorados, llevando por delante todo lo que encontraban, ligados en una trailla inmensa formada por los maneadores, cuyas estacas, vibrando por los aires, se habían liado. La carpa de los asistentes fué arrasada por aquel ciclón viviente, que disparaba á la redonda enloquecido, mientras el resto de la caballada se disgregaba en pequeños grupos

que se atropellaban en una carrera sin rumbo, aquí detenidos por un obstáculo insuperable, allí retrocediendo á los tiros que les disparaban las guardias avanzadas, mas allá deslumbrados por la luz encefecedora de los relámpagos, aterrados por el fragor de los truenos, chocando unos con otros aquellas falanjes de animales arrastrados por el vértigo, en tanto que el cielo, como si no quisiese perder un solo detalle de aquella escena que en las tinieblas de la tierra se producía, se inflamaba en un incendio imponente, iluminando todo el paisaje con resplandores de una lividez aterradora.—Y se oían gritos, y tiros y el suelo temblaba al redoble de los cascos de los caballos disparados, hasta que el fuego del cielo se derritió en una lluvia torrencial que dominó todos los ruidos y apagó las últimas áscuas de los fogones.

.....



LA BARCA PUIG

CUADRO DE EDUARDO DE MARTINO

El arte es la otra vida, la vida eterna en que renacen los hombres con sus pasiones, sus virtudes y sus crímenes; en que reviven los acontecimientos con todos sus detalles y circunstancias; en que se reproducen las épocas con todos sus rasgos y peculiaridades, sus tipos y sus costumbres. El mármol, el bronce, la tela, el libro, pueblan el mundo de todo lo que fué, reproduciendo ante la posteridad los hechos del pasado, que son la lección para el porvenir. Las estátuas de personajes históricos sobre sus pedestales son como oradores que desde la alta tribuna de la plaza pública cuentan á las multitudes los hechos en que fueron actores, y los cuadros en los museos son el archivo de la historia de todas las edades y de todos los pueblos.

¡Qué mundo de recuerdos se despierta al contemplar el último cuadro que ha pintado Eduardo De Martino. el ya célebre marinista! Si reprodujera todos los que se agolparon á mi memoria al ver ese

cuadro, escribiría un artículo político exclusivamente, saliendo de los límites del arte á que quiero contraerme para aplaudir una vez más al eximio artista que ha trazado en la tela todo un poema de tristeza infinita encerrado en un barco, único protagonista en aquella escena.

Anochecía La histórica barca *Puig*, rechazada de todos los puertos, como si el horror de la infamia que representaba se sobrepusiese á la conmiseración que debían inspirar las víctimas encerradas en la bodega infecta, navegaba en las traidoras aguas del mar de las Antillas buscando los rumbos de la patria de Washington, abierta para todos los que á ella llegan.

De repente asoma por el horizonte una nube que avanza rápidamente, empujada por el ciclón que la peña, y antes de que los marineros puedan acudir á la maniobra la borrasca envuelve el barco, lo sacude furiosamente, desgarrá su velámen, afloja las jarcias, y una vez que lo ha desmantelado, el turbión pasa, dejando el mar revuelto y el nublado en girones, por entre los cuales asoma la luna como ávida de curiosar los desastres causados por aquel huracan que en un minuto enlutó el cielo sereno en que campeaba plateando la estela del buque errante.

Ese es el momento que De Martino ha elegido para pintar la *Puig*. La barca corre en popa empujada por las últimas rachas del ciclón, flameando en las

vergas mas altas los retazos de paño que han quedado despues de ser arrancadas las velas, mientras las gavias, muy infladas, parece que quisieran echarse á volar para reunirse con sus compañeras. Las olas alcanzan el pesado casco y revientan sobre él amenazando tragarlo. En la lobreguez de aquella escena siniestra, brilla, como un rayo de esperanza, la luz verde del farol de estribor que da una nota de color vivo en medio de las sombras tétricas del cuadro. Por entre las nubes rasgadas, azulea un pedazo de cielo, y deja caer la luna un rayo pálido que cabrillea en las revueltas aguas matizándolas con variados reflejos.

Que mar! que movimiento, que densidad, que masas de agua en aquel oleaje azotado por el ciclón! A poco rato de mirar el cuadro parece que el barco cabecea, que se inclina sobre una ú otra banda, que las olas avanzan empujándose unas á otras como huyendo del mónstruo que las despertó de su sueño. De Martino ha estudiado y reproducido con tanta exactitud el proceso de la ola, que se diria que aquella que se está formando en el último plan del cuadro es la misma que viene hinchándose en el medio y la misma que revienta en espumas opacas en el primer término. El movimiento se reproduce incesantemente y parece que va á llegar un momento en que las olas se estrellarán contra el marco del cuadro como contra un dique que les cerrase el paso.

La *Puig* es la obra maestra de las que De Martino ha expuesto en Montevideo. No sé si será el asunto ó la ejecución artística lo que mas interesa. El pintor ha elegido la hora mas dramática de aquella odisea que terminó en Charleston, retratando á la histórica nave en el momento en que escapando milagrosamente de los furioses de la borrasca, volaba desmantelada hácia la tierra de libertad, como una ave con las alas desplumadas, dejándose arrastrar por el viento que despues de amenazarla de muerte la empujaba hácia la salvación.



“CABAÑA PROGRESO”

PROPIEDAD DE DON PEDRO PIÑEYRÚA

Lleva bien el nombre que ha puesto á su cabaña, situada en la costa del Pintado, de la Florida, el señor Pedro Piñeyrúa: se llama «Progreso», y lo demuestra en la disposición de sus instalaciones, en el cuidado con que están tenidas, en la prolijidad de todos los detalles, en el orden admirable que reina en las variadas tareas que ocupan toda la peonada, compuesta de hijos del país y dirigida por Julian Rodríguez, mayordomo del establecimiento, criollo también, bajo cuya vigilancia ordenada é inteligente está formando el señor Piñeyrúa una de las mas importantes cabañas de cria caballar con que contará el país, y que en nada desmerece ya de las mejores de la República Argentina.

La cabaña «Progreso» está situada á unas tres leguas de la villa de la Florida, entre los arroyos Molles y Pintado, y abraza una extensión de mil trescientas cuádras de campo, en parte destinadas á la agricultura para el cultivo de granos y forrages, en parte al pastoreo de ganado vacuno y lanar para el

consumo del establecimiento, y el resto para cría de caballos finos, de carrera y de tiro.

Da entrada á la cabaña una espléndida calle de treinta cuabras de largo, ancha de cincuenta varas, flanqueada de eucaliptus, sobre la cual, al extremo, se levantan los edificios, á un lado la casa habitación y del otro los galpones de las cabellerizas. La vivienda es cómoda y espaciosa, de un solo piso á flor de tierra, defendida de los frios del Sur por una amplia galería de cristales, y abierta al Norte en un corredor cuyo alero la resguarda de los rigores del sol.

Frente á la casa habitación, calle de por medio, está el galpón principal, de sesenta varas de largo y veinte de ancho, construidas las paredes de piedra y echado de hierro acanalado. Treinta pesebres espaciosos dan alojamiento á otros tantos animales finos, yeguas en su mayor parte, cuyo nombre y filiación se lee en grandes carteles colocados en cada repartición. Paralelo á éste, á una cuadra de distancia, se levanta á otro galpón mas estenso aun, techado de quincha, con comodidad para cuarenta caballos.

Todo es allí orden y limpieza. Se diría que habitan en aquellos pesebres no animales, sino gentes pulcras y delicadas, tal es el cuidado y el aseo con que todo está tenido. Ni un residuo que repugne á la vista ni un mal olor que mortifique el olfato. Parece que todo estuviese concluido de hacer en aquel mis-

mo momento y que no hubiese sido ocupado todavía.

Allí tienen su morada los potrillos de año, en preparación ya para la venta, y los padrillos de sangre de carrera, que son por el momento tres: *Oriental*, zaino colorado, hijo del célebre *Peter*, nieto del famoso *Hermit*, caballo que despues de dar grandes pruebas de velocidad y resistencia, adquirió la maña de no querer correr ante el público, como esos artistas famosos á quienes les entra la manía de no mostrar sus habilidades. *Oriental* es el Aramburo de la pista; no quiere cantar á pesar de tener una voz espléndida. Ha sacrificado las glorias del hipódromo por las delicias del harem, y vive hoy como un pachá, gordo y luciente, bien comido y bien bebido, sin mas tarea que la de pasear un rato para estirar las patas, respirar buen aire y mordisquear alguna hierba fresca y perfumada.

Otro de los padrillos es *Hervidero*, hijo de *Petrarch*, nieto, sobrino, hermano y primo de animales sobresalientes; como quien dice, miembro de una familia distinguida. *Hervidero* es zaino cabos negros, de hermosa estampa, esbelto y ágil. Su buena sangre y la corrección de sus formas son garantía de los méritos de su descendencia.

El tercer padrillo es *Guaviyú* hijo de *Feterlock* y vinculado á la flor y nata de la aristocracia caballar inglesa. *Guaviyú* es todo un pingo, tostado requemado,

de airosas agilidades en el andar, el ojo de fuego, los remos secos entretregidos de nervios y tendones, inquieto, fogoso, el pelo de seda, la cabeza fina, el cuello en arco. Cuando trota, parece que le va haciendo ascos al suelo; se diría que no lo pisa, de tal mal manera es aseado y liviano de patas, y cuando galopa tiene arranques de volido como si se moviese á impulso de alas invisibles.

No se, ni he entrado á averiguar si *Guaviyú* es el mejor de los caballos del señor Piñeyrúa, pero es de todos el que mas me llena bajo el punto de vista puramente estético. Montado serviría de modelo para la mas elegante estátua ecuestre que pudiera idear el arte, por la gracia de sus movimientos y la altivez de sus actitudes. Suelto, es la belleza mas perfecta por la regularidad y morbidez de sus contornos. Lo ví así una mañana, saliendo de su mullido pesebre, encabritándose de impaciencia, echando luz por los ojos y fuego por las narices dilatadas, husmeando la proximidad de una yegua en celo, encrespadas las crines, la cola en hiesta como un penacho, martilleando el suelo con los cascos, caracoleando en torno de la hembra como para lucirle toda su hermosura y enamorándola con relinchos y con caricias orutales hasta dominarla como dueño absoluto. Era *Guaviyú* una pintura en aquel arranque de amor salvaje, el pelo atornasolado en cambiantes lustrosos, la mirada enardecida como una ascua, los flancos,

palpitantes, las venas hinchadas por la escitación, soberbio en su gallarda actitud de macho triunfante.

Todo en su torno cantaba el amor en aquella tibia mañana primaveral. Los pájaros lo gorgeaban en redoblados trinos; los insectos lo zumbaban persiguiéndose en caprichoso y rápida vuelo; los árboles lo mostraban en los brotos henchidos de sávia; los campos lo pintaban en mil variadas flores, entre las que se destacaban las margaritas rojas, como gotas de sangre salpicadas entre el pasto, y la naturaleza toda entonaba el himno grandioso de la reproducción bajo un cielo azul abrigado por un sol resplandeciente, que satinaba los verdes de la pradera ondulante en colinas estendidas á los cuatro vientos.

Después de los padrillos de carrera, se presentaron los de tiro: *Tigre*, ruso, tordillo á medullones, plateados los hocicos y las crines, animal de gran alzada admirablemente proporcionado, gran trotador; *Roland*, zaino colorado, trakenen, vigoroso y ágil á la vez, ancho de pechos, de ancas pulposas, de estructura bien repartida y desarrollada; y *Maltser*, trakenen tambien, castaño claro con tonos dorados en las paletas y en los cuartos, caballo lleno de bríos, mostrando su fuerza en la recia musculatura y en sus fornidos miembros. Trotaba á grandes brazadas, tascando el freno que lo sujetaba, enardecido por el celo, dilatando las narices como para aspirar las brisas perfumadas de amor silvestre que hacia flamear su

copete, mientras el sol ponía toques de oro vivo era su piel lustrosa como el raso.

Todos aquellos caballos están mostrando en su estado el mimo con que se les cuida. No pasean en Montevideo animales tan prolijamente tenidos, aseados diariamente desde las puntas de las orejas hasta la raíz de los cascacos con un esmero como si de damas se tratase. Parece que los mismos animales, á fuerza de verse cuidados, adquiriesen nociones de pulcritud y aseo, procurando no ensuciarse ni emporcar el establo en que duermen, pues en cualquier hora y á todo momento se les ve siempre limpios, lustrosos, como si acabase de pasárseles el cepillo.

Y lo mismo que en los padrillos, se ve el cuidado en las crias de año que están ya á pesebre. Siete son los productos de esa edad con que cuenta actualmente la «Cabaña Progreso» y sorprenden todos ellos por la precocidad de desarrollo, habiendo algunos que miden hasta un metro cuarenta y seis centímetros como tuve ocasión de comprobarlo,alzada extraordinaria tratándose de animales que apenas cuentan un año de nacidos, y que es resultado de los prolijos cuidados y buena alimentación con que han sido criados. Cierto es que el señor Piñeyrúa es de esos hambres que cuando se ponen á una cosa la realizan sin omitir el mas mínimo detalle conducente al buen éxito, así es que no es de estrañarse el crecimiento de aquellos potrillos al saber que han dormido

á pesebre desde el primer día que nacieron y que pacen en potreros plantados de alfalfa y pastos, de Inglaterra.

De los siete productos, cuatro son hembras: *Cuñataí*, colorada, y *Florida*, alazana, hijas de *Italia* y *Olivia*, por *Oriental*; y *Santuzza*, zaina negra y *Guaynita*, alazana, hijas de *Mandarina* y *Holanchan*, por *Guaviyú*. Son cuatro hermosas potrancas, entre las cuales se destaca sin embargo *Cuñataí*, notable por su desarrollo y la corrección de sus formas.

Los potrillos son *Elio*, alazan, hijo de *Houseíse*; *Colon*, zaino negro, hijo de *Regina*; y *Chapicuy*, hijo de la conocida *Ouida*, siendo padre de todos ellos *Guaviyú*, de quien retratan las formas, especialmente *Elio* que es el rey de todo el lote, animal de admirable construcción, el mas sobresaliente á mi juicio de cuantos han producido hasta ahora las cabañas nacionales. *Elio* no ha cumplido todavía el año, pero tierno como es, muestra ya todo el tipo del caballo de carrera, ceñido de carnes, esbelto y vigoroso á la vez, bien aplomado sobre sus nervudos remos, el lomo corto, el anca tendida y despulpada, la cabeza fina, el ojo despierto, secos los jarretes, bien desarrollados los muslos, los cascacos duros y empinados, todos los miembros armoniosamente repartidos formando un conjunto de admirable corrección y belleza.

Largos ratos me he pasado contemplando á *Elio*,

como quien admira una hermosa obra de arte, y al ver aquel animalito tan correctamente conformado, de tipo tan distinguido, me explicaba perfectamente los mimos y cuidados que se le prodigan como si se tratase de un hijo predilecto. Horas enteras se destinan á su aseo, prolijo como el de una niña delicada, y con igual pulcritud y esmero son tratados todos los demás, empleándose en la tarea toda la mañana hasta que ya lavados y acicalados, y arreglados los cascotes como quien arregla las uñas de las manos, se les suelta al potrero de alfalfa y pasto inglés. Pero no todos juntos, porque la precocidad del crecimiento corre pareja con la precocidad de los instintos, y ha sido necesario separar los sexos en vista de los intencionados escarceos que los jóvenes potrillos hacían á las señoritas potrancas, que por su parte no se mostraban muy hurafñas á los galanteos de que eran objeto.

A las potrancas se las suelta de mañana, y á los potrillos de tarde. Es un espectáculo la salida de aquellos animales, llenos de juventud y de bríos, correteando como locos por sobre la mullida yerba. Salen como escapados y apenas ganan distancia, se paran, se reúnen, se diría que se desafían entre ellos, y echan á correr disputándose la carrera como si la estimulasen con apuestas, tal es el frenesí con que disparan y el empeño con que defiende la delantera el que la lleva, recurriendo á los mordiscos y á

las coces cuando las patas no le bastan para alcanzar la victoria.

Parece que ellos mismos fijasen el tiro que han de correr y marcasen la raya ganadora, pues se les vé en cierto momento apurarse como si en aquel trecho hubiesen de definir la carrera y detenerse en seguida tranquilamente, olvidados ya de toda rivalidad, poniéndose á pastar con todo sosiego ó á retozar como chicuelos, parándose de manos y abrazándose, hasta que de nuevo se convidan y emprenden otra carrera desaforada.

Otro tanto hacen las potrancas cuando les toca su turno, y hasta las yeguas madres, poniendo de lado todo recato, disparan también y se disputan el triunfo con encarnizamiento. De entre un pelotón de yeguas que corrian á todo lo que las patas les daban, punteó *Italia*, hermoso animal de sorprendentes lijerezas. Pero al verla puntear, avanzó *Fornarina*, y en corto trecho se le apareó, trezándose las dos en una lucha empeñosa, apurándose como si el látigo y la espuela las estimulasen, seguidas de cerca por el pelotón que iba poco á poco devanándose como un ovillo, hasta quedar todas en hilera, punteando las mas ágiles y rezagadas las mas gordas.

Se comprende que con toda esa libertad y ese ejercicio y esa manutención las crías de la «Cabaña Progreso» tienen que ser necesariamente sobresalientes. Potentes los padrillos, gordas las madres,

pastando de día en prados especialmente cultivados y durmiendo de noche en cómodos pesebres, sobre blanda y limpia cama de paja, después de cenar una buena ración de maíz y avena, no es de extrañarse que los productos adquieran el desarrollo y la robustez que muestran no sólo los ya criados de año, sino también los recién nacidos, que retozan y corretean á la par que sus hermanos mayores.

El plantel de yeguas finas que tiene el señor Piñeyrúa es de lo mejor que ha venido al Rio de la Plata. Todas las celebridades de las pistas europeas figuran en los pedegres de esos animales oriundos de las cabañas mas famosas de Inglaterra y Francia; y muchos de ellos han dado buenas pruebas en las carreras á que han concurrido.

La «Cabaña Progreso», por sus espléndidas instalaciones y por su irreprochable organización es uno de los más notables del Rio de la Plata, y disputará la palma á las primeras una vez que los años hayan completado la obra que ni el dinero ni la actividad pueden improvisar. No faltará quien diga que es un lujo costear una cabaña para cría de caballos finos, pero quien tal diga será alguno de esos egoistas que no comprenden que ciertas aficiones son necesidades para quienes consideran que la vida consiste en algo más que en comer y en ganar dinero; aficiones tanto más dignas de aliento y merecedoras de aplauso cuanto que ellas propenden al progreso general y á

la civilización de las costumbres, como puede apreciarse en la cabaña del señor Piñeyrúa, donde nuestros paisanos, por lo general tan guapos como desordenados para el trabajo, desempeñan sus tareas con una puntualidad y una disciplina intachables, formando hombres de trabajo y de orden, educán los en hábitos de respeto y de laboriosidad, estimulados con el ejemplo que les dá el propio dueño de la «Cabaña Progreso», que ha conseguido aliviarse del peso de los años merced á su infatigable actividad, que lo hace madrugar con el alba para disponer y vigilarlo todo, administrando el establecimiento con esa inteligente economía que consiste en gastar sin tacañería en todo lo necesario y en ahorrar en todo lo supérfluo.

La «Cabaña Progreso» es algo mas que un haras para cría de caballos finos, pues es tambien una escuela de orden admirable y de trabajo fructifero donde tienen mucho que aprender todos los que se dediquen á las fincas rurales. Aquello es, en una palabra, obra digna del señor Pedro Piñeyrúa, uno de los hombres mas laboriosos de nuestro pais, al que ha dotado de diversos establecimientos que pueden servir de modelo, entre los cuales se cuenta el de la costa del Pintado que acabo de visitar, y del que he recogido las impresiones que á la lijera dejo consignadas en estas líneas, reavivando á tal punto mis aficiones campestres, que sin ningun remordimiento trocaria

hoy mismo mi puesto en la redacción del diario en que escribo por la mayordomía que desempeña en la «Cabaña Progreso» mi buen paisano Julian Rodriguez para poder decir, como Fray Luis:

¡Cuán descansada vida
 La del que huye el mundanal ruido
 Y sigue la escondida
 Senda, por donde han ido
 Los pocos sabios que en el mundo han sido!



LOS VIÑEDOS DE LA CRUZ

SOCIEDAD VITÍCOLA URUGUAYA

«Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á que los antiguos pusieron el nombre de dorados, no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente convidaban con su dulce y sazonado fruto.—Todo era paz entonces, todo amistad, todo alegría. No habian el fraude, el engaño ni la malicia mezcládose con la verdad y la llaneza...»

Este clásico discurso me vino á la mente al encontrarme, pocos días hace, en medio de los viñedos de La Cruz, de propiedad de la Sociedad Vitícola Uruguaya, en el departamento de Florida, y que ocupan estensísima zona en cuya contemplación se solaza el espíritu y se ensancha el corazón abriéndose á la esperanza de mejores días para la pátria. Cuánta paz, cuánto bienestar, cuánta tranquilidad en aquella ri-

sueña comarca engalanada por el cultivo y enriquecida por el trabajo! Todo lo ha modificado la labor, y los que ayer eran «campos de soledad, mustio collado» vense hoy transformados en extensos viñedos, en tupidos bosques, en variadísimos plantíos que coronan las alturas de las colinas y alfombran las llanadas de los valles, cruzados en diversos rumbos por amplias calles que en no tardios tiempos serán frondosas alamedas.

Hace apenas cuatro años no había en aquella campaña vestigio alguno de la mano del hombre y solo la vestían las yerbas silvestres que desde siglos atrás venían nutriéndose de los jugos de aquel suelo virgen cuyas prolíferas entrañas jamás visitara la filosa reja del arado; pero en tan breve trascurso de tiempo la fecunda iniciativa del hombre ha cambiado por completo la faz agreste de aquella ondulada tierra exigiéndole el tributo de sus riquezas para compensar el trabajo y el capital en ella empleados, y ella, siempre generosa, ha dado cuanto en sus senos encerraba para fecundar la simiente retribuyendo con creces los cuidados que se la prodigan.

Los edificios de la Vitícola Uruguaya poco dicen de la importancia del establecimiento. Las instalaciones son apenas las necesarias para vivienda del director y de los peones, para la elaboración de los vinos y para talleres de herrería y carpintería en que se componen y aún se fabrican las herramientas y

máquinas agrícolas. La bodega es espaciosa y ventilada, soterrada á bastante profundidad para que los vinos se formen y se crezcan en la sombría frescura de la cueva, agena á las mutaciones del tiempo. Cuatro filas de toneles de diversa capacidad se estienden todo á lo largo del sótano; descansando sobre escaños que los aislan del contacto con el suelo, llenos todos con los mostos del año, palidamente dorados los unos; como si en ellos hubieran desleído topacios, tintos los otros con tonos bermejos como si hubiera en el líquido rubíes diluidos; exalando todos ese aroma único del vino puro; que es sangre nueva que la tierra trasfunde en el hombre para tonificarla, vigorizando el organismo y esclareciendo el espíritu.

Pero lo que atrae, lo que seduce, lo que encanta es el plantío; aquellas interminables líneas de cepas que se estienden en toda la latitud que la vista abarca, serpenteando por las ondulaciones del terreno, vestidas con todo el lujo de la pompa primaveral, coronadas de pámpagos tiernos y ataviadas de racimos incipientes; todo verde, todo fresco, todo sano; reunidas como en un certámen universal las parras procedentes de diversas regiones y de variados países, aquerenciadas todas en la fertilidad de nuestro suelo, en la benignidad de nuestro clima que ni las hielá bajo el manto de la nieve ni las agosta bajo los ardotes del estío tropical; libres de las pestes

que las persiguen y enferman en aquellas tierras canchadas del viejo mundo que anidan todas las plagas.

Aquí, las robustas viñas españolas, recargadas de abundosos racimos; allá las delicadas cepas francesas, escasas de uva pero ricas en calidad; mas lejos la moscatel azucarada, cuyo fruto parece que lo hubiesen elaborado abejas con su dulcísima miel; á un lado, las vides jerezanas, que no olvidan nunca el sabor y el perfume de la tierra de que sorbieron los jugos de amargo dejo y de grato paladar: al otro, las parras catalanas que dan mostos ásperos y bravíos como la raza que los bebe; acullá las viñas italianas cuyo zumo recuerda las dulzuras de la patria *dove iy si suona*; éstas ataviadas con ojas anchas, aquellas vestidas de satinado follage, esotras aliñadas con pampanos de bordes picados como menudas puntillas, dominando entre tantas diversas variedades la llamada Vidiella, en memoria de nuestro Noé, y que es, en opinión de nuestros viticultores, la parra mas resistente, mas vigorosa, mas precoz y mas fructifera de cuantas se cultivan en el país, prestándose sus mostos á variadas elaboraciones de resultado siempre satisfactorio.

Preside y gobierna aquel reino de la viña, que ocupa hoy mas de cien hectáreas, nuestro paisano don Luis de la Torre, devoto de la tierra desde us primeros años, cultivador infatigable, encariñado con las faenas agrícolas que le deben no pocos ensayos que

son hoy de general provecho para todos cuantos se dedican á las industrias rurales. Y no solo él es el paisano, sino que lo son tambien todos cuantos á sus órdenes trabajan, desde el capataz de la bodega hasta el último de los peones; demostrando asi que no hay trabajo que sea ageno á las aptitudes del hijo del país, tan diestro para la guerra como resistente para las mas pesadas tareas; tan arrojado y desenvuelto para la arriesgada lidia de la ganadería, como contraído y afanoso para las pacientes faenas de la labranza; sóbrio como nadie y como nadie infatigable; insensible á los rigores del invierno é indiferente á las ardentías del sol estival, dispuesto siempre á todo sin que nada le acobarde.

Los que ayer eran gauchos enlazadores de toros, pialadores de potros, boleadores de avestruces y de venados, están hoy sometidos á la disciplina del trabajo inteligente y metódico; éste carpiendo los viñedos, aquel atando los renuevos de las cepas, el otro azufrando los pámpanos, estotro vigilando el proceso de la fermentación, el de allá aparejando un arado, el de aculla afilando los dientes de una segadora, todos contraídos á su faena, recordando tal vez en el sosiego del presente la agitada vida del pasado, guerreando ayer, gineteando hoy un potro indómito, cruzando al día siguiente la soledad de los campos al galope de su caballo favorito midiendo con la mirada distancias

ilimitadas y canturriando la décima amorosa que en la noche oyó cantar al payador de su pago.

La influencia civilizadora del cultivo se hace sentir en aquellos hombres consagrados hoy á trabajos tan distintos de los que ayer practicaban. La algazara de las faenas del rodeo y de las lidias del corral ha enmudecido; las aruas se han trocado en herramientas y el gaucho levantisco modificándose en pacífico labriego, sometido á la regularidad del horario y á la disciplina impuesta por el administrador, que es ejemplo viviente de contracción y puntualidad en el trabajo.

La mano de la hábil dirección se ve en todo, lo mismo en la grandeza del conjunto que en la minuciosidad de los detalles: cada máquina y herramienta en su sitio, cada hombre en su puesto, cada planta prolijamente cuidada, sin que se eche de ver una sola irregularidad en aquella vasta zona de cultivos. Todas las viñas están dispuestas en las laderas de las cuchillas, convenientemente orientadas, abarcando una estensa circunsferencia cuyo centro ocupa un valle plano, cubierto de numerosa y variada arboleda. En ese bajo están también los viveros en que se multiplican plantas de todo género, que mas tarde han de ser colocadas en el sitio adecuado para servir de defensa á los viñedos contra los vientos que los castigan.

Cada monte reúne miles de árboles de una misma

familia: aquí las que mas tarde han de ser robustas encinas, enanas hoy en los comienzos de su lenta vejetación; allí los fresnos de madera de múltiples destinos; allá los perdurables robles que simbolizan la fortaleza, vecinos á los laureles que son atributo de la gloria; mas allá los famosos alcornoques, tan duros de corazón como blandos de corteza; acullá los cedros, que recuerdan sus bíblicos antepasados del Líbano y que tan generosamente se prestan á las artísticas labores de la ebanisteria; mas lejos los plátanos, de troncos jaspeados y frondosas copas; en otro sitio los ciprés, de variadísima procedencia, follaje y forma, desde el lambertiana, que imita una enorme esfera de verdura, hasta el piramidal cuya aguda flecha parece que vá á hender la tersa boveda del cielo; y sobresaliendo de entre todos por la precocidad de su desarrollo, por la elegancia de su estructura, por el llamativo de su vejetación exuberante que pinta el verde en toda su crudeza, se ven por todos lados grupos de pinos de los llamados insignes, y que lo son por su corpulencia monumental y por su artística configuración reunidos en tupidos bosques, ó alineados á lo largo de los caminos, ostentando sus altivos penachos parecidos á los de los morriones de los granaderos de la Vieja Guardia.

Por docenas de miles se cuentan los álamos, y otros tantos son los eucaliptus, acacias y robineas que circundan los viñedos, y que sirven de muro para de-

tener las rachas del pampero y la pertinaz violencia de la virazón que marchitan los pámpanos y machucan los racimos. Para ver hoy todo esto es necesario visitar detenidamente el establecimiento á fin de poder formar idea aproximada de la importancia de los plantíos; pero una vez que los años hayan cumplido su obra haciendo que los árboles alcancen su desarrollo, desde lejos verá el viajero los bosques diseminados en aquella vasta campiña, que le servirán de faros para señalarle la ubicación de ese centro de civilización, de ese emporio de riquezas, de ese inmenso taller en que se trabaja afanosamente desde hace cuatro años venciendo todas las dificultades de los comienzos y todas las contrariedades de la mala época que el país atraviesa, bajo la inteligente y asidua dirección de don Luis de la Torre, ayudado por el benemérito esfuerzo de los iniciadores y sostenedores de la Sociedad Vitícola Uruguaya, fundada en aquellos días que los espíritus estrechos llaman de fiebre y de delirio, pero que dejaron marcado un surco de progreso, en el cual, de entre los restos de los que cayeron, se levantan algunas empresas que pudieron resistir el empuje demoledor de la mediocridad pesimista, como jalones que marcan el rumbo por donde ha de llegar el país á su bienestar y engrandecimiento.

En la tierra está nuestro porvenir. Yo lo veo y lo palpo cada vez que me alejo de este ambiente viciado

de la ciudad en que solo se respiran disgustos y en que el corazón se oprime en medio de las pequeñeces en que se agitan los intereses sórdidos de los almacenadores de dinero, incapaces de plantar un árbol, ni de fiar una simiente á las fecundas entrañas de la tierra por no dar trabajo á nadie.

Felizmente no todos son de ese pensar y de ese sentir y entre esos que asino piensan y así no sienten deben contarse en primera línea los que van á la descubierta de nuevos horizontes para la patria abriendo surcos con el arado, buscando en los senos de la madre eterna los veneros de riqueza que encierra para fecundarla por el trabajo, que es el gran rejuvenador de los hombres, morigerador de las costumbres y cimiento de las instituciones en que reposa la felicidad y perfeccionamiento de los pueblos.

No están por ese camino muy lejanos los tiempos que resuciten para nuestro país los de la feliz y tranquila Arcadía en que eran tan sinceros los sentimientos como genuinos y puros los productos de la naturaleza. Los viñedos extendidos en toda la superficie de la República nos darán exquisitos y legítimos vinos; los olivares ya propagados en diversas zonas nos brindan el dorado aceite; nuestros bosques nos proveerán de las necesarias maderas para la industria; nuestras vacas nos permitirán saborear todos los productos de la leche perfumada con las hierbas de los dilatados campos en que pacen y la tierra feraz nos

devolvera centuplicados los frutos que confiemos á susubérrimas entrañas, siempre generosas para hacer fecundo y retributivo el trabajo del hombre.

Dichosa edad y tiempos dichosos, diré repitiendo lo que en el comienzo recordaba, aquellos en que pueda nuestro país contar en cada distrito un establecimiento como el de la Sociedad Vitícola en La Cruz, pues habrá sonado para él entonces la hora de su redención, quedándole abiertas de par en par las puertas del porvenir para por ellas entrar en el camino llano del bienestar que lo llevará al engrandecimiento á que lo hacen acreedor sus nobles esfuerzos del pasado y sus lastimosas desdichas del presente.



UNA AUDICIÓN

EN LO DE MOUSQÉS

Accidentalmente me encontré ayer con Dalmiro Costa, el mismo Dalmiro de siempre, que parece haber puesto un límite á su envejecimiento, pues hace diez años que está en un ser, inmune al parecer á los avances de los años, entrecano, entrecalvo, entre mozo y viejo, habiendo dejado de ser lo primero, sin resolverse a ser lo segundo. Lo único que madura en él es el talento: cada día es mas espiritual su charla, y cada día mas genial su inspiración. Si estuviese en vena de metáforas, diría que es como una botella de buen vino, cuyo contenido se mejora con los años, sin que el polvo ni las telarañas afeen el envase.

Dos palabras charlamos sobre lo ocurrido desde que no nos veíamos, casi dos años, y en seguida hablamos de música, que es la neurósis de Dalmiro y el único entusiasmo que me va quedando en este otoño de la vida en que voy entrando, y en que se van deshojando una por una las ilusiones, que «son ¡ay! ho-

jas desprendidas, del árbol del corazón» como decía el romántico don Diego.

Y mientras hablábamos, caminábamos en dirección á la Plaza, llevando á mi compañero como distraidamente hácia lo de Mousqués, y dejándose él llevar sin oponer resistencia. A poco de andar tropezamos con Enrique Lemos, que se nos incorporó adivinando nuestro propósito; Pellicer nos salió al encuentro unos pasos más allá y también nos siguió: y al llegar á la puerta de la casa Mousqués éramos ya cinco, pues se nos agregó allí Eusebio Conlazo, este último con un tesoro en la garganta, una espléndida voz de barítono, y con fuego en el corazón para modular con ella los acentos de todas las pasiones.

Entramos á la casa por el almacén de venta, tras de cuyas vidrieras brillaban los bronce de las trompas, figles y pistones, y pasamos al depósito de los pianos y harmoniums, silencioso como la sala de un museo paleontológico, con todos aquellos mónstruos oscuros alineados á un lado y otro, y descollando en el medio, como un inmenso glyptodon de concha de carey negro, un Steinway de cola, mostrando la ancha dentadura del teclado.

Mousqués nos dió posesión de la casa con la sôbría galantería que lo caracteriza y Dalmiro se sentó frente al piano, tanteando los pedales y las teclas como un domador antes de exhibir las habilidades de su fiera.

Para mí, el piano no es un instrumento, propiamente dicho, sino una maquinaria. Solo así se explica que los norte-americanos, que son las gentes más anti-artísticas del mundo, sean los mejores fabricantes de pianos. Fabrican un piano como fabrican una locomotora, un puente ó cualquier otro artefacto. Mi descreimiento sobre el gusto artístico de los yankees me viene desde que supe que un chocolatero de Nueva York envió á la Exposición de París, como muestra de sus productos, la Vénus de Milo, de tamaño natural, vaciada en chocolate! Esta heregia artística corre parejas con la que cometió otro fabricante yankee, que para dar á conocer los productos de sus talleres, hizo que la Margarita de Fausto, en vez de aparecer hilando en la rueca, se presentase ante el público cosiendo en una máquina Singer!

Pero nada de esto quita que los americanos sean grandes fabricantes de pianos. Chikering y Stenway compiten ventajosamente con todos los fabricantes del mundo, y sus pianos de concierto son los preferidos por todos los maestros.

—A todo esto, preguntó Pellicer, ¿de que se trata?

—De una pequeña velada musical,—contestó uno de los presentes.

—¿Velada?—interrumpió Pellicer:—en todo caso se tratará de una *tardada musical* ¡como que son las cuatro de la tarde!

Empezó Dalmiro preludiando los motivos de una mazurka, una de sus últimas composiciones, titulada *A orillas del Río Negro*.—Al decir mazurka, no se entienda que se trata de una pieza de baile, pues la música de Dalmiro no es bailable, á no ser que se cometa con ella una de esas infamias como la que ha convertido en paso-doble *La Stella Confidente*, ó en mazurka el *t'amo, si t'amo e lacryme* del Ballo in Maschera; ó en cuadrilla varios de los aires de la Forza del Destino.

A orillas del Río Negro es una composición llena de elegancia, y aunque parezca raro el epíteto aplicado á una pieza de música, no lo es, porque no hay otra palabra con que expresar la gentileza que distingue la inspiración de Dalmiro Costa. Se la compara con la de Chopin, pero si bien puede decirse que es de la misma índole, hay que reconocer que varía en el estilo, porque Dalmiro no es un imitador, un reminiscente, sino un creador. Lo que él produce tiene sello propio, y sobretodo si es él quien lo interpreta, porque pone de tal manera su personalidad en todo lo que ejecuta, que estoy seguro de que si me hallase en la mas apartada región del mundo, sin la mas remota noticia de que pudiese encontrarse allí Dalmiro; y sin verlo lo oyese tocar el piano, exclamaría sin titubear: es éll porque él y solo él es capaz de vivificar ese mecanismo banal, de dar ex-

presión y sentimiento al mas vulgar de los muebles que adornan nuestros salones.

El secreto, mejor dicho, la virtud mágica de Dalmiro está en arrancar con el golpe sobre la tecla algo más que un ruido. La cuerda herida no suena como golpeada por el martinete; sino que vibra como si la pulsase la mano misma, trasmitiéndole todas las palpitations del sentimiento

Sin dejarme cegar por un espíritu de patriotismo, que seria sencillamente estúpido tratándose de asuntos de arte, yo creo que nadie toca el piano como Dalmiro, y esta opinión ha sido corroborada por el voto competente de personas que han oído á los mas reputados concertistas—Recuerdo que Novelli, que era todo un temperamento artístico, me decia una noche: «Yo he oído tocar el piano á todos los grandes maestros, desde Listz hasta Rubinstein: he admirado la limpieza de ejecución, el poder, la brillantez, pero Dalmiro arranca al piano inflecciones que nunca he oído y le hace modelar frases que solo el arco del violin puede imitar.»

Los temas de la nueva mazurka son sencillísimos, melodías casi primitivas que se repiten en distintos tonos, pero con una riqueza de bajos y una delicadeza tal de ligados que sorprenden por la novedad y originalidad de ejecución.

A la mazurka sigue una polka, *El Sport*, llena de animación y movimiento.—Hay compases que imitan

el galope de los caballos, otros que producen las atropelladas de la carrera, escalas cromáticas en que los dedos corren apareados como los corceles en la lucha, pero todo lleno de melodías y armonías, sin que el propósito de imitar los movimientos de la carrera se sobreponga á la cadencia musical.

Y tras de la polka, una marcha, llena de marcialidad y brio, una de esas marchas que hacen avanzar al soldado con el corazón alegre y el ánimo sereno á lo mas récio del combate; música que exalta el espíritu y lo embriaga con ambiciones de gloria, entusiasta como el coro de guerra de los Druidas, arrebatadora como el aire de ataque de los anabaptistas para lanzarse al asalto de Maguncia.

Todos oíamos con recogimiento aquella música y aquel intérprete inimitable. Pellicer estaba lo mas sério que puede él estar. Solo por los labios le retozaba una sonrisa provocada sin duda por las actitudes de Dalmiro, que estaba con los ojos en blanco la mirada perdida, los piés oprimiendo los pedales en continua agitación y las manos galopando sobre el teclado con movimientos de caballo brioso. Y de repente se interrumpía, para explicar ó ilustrar con comentarios originalísimos el significado de una frase musical, traduciendo la melodía en palabras, pretendiendo que las notas eran sílabas y convenciéndonos de que en efecto la música hablaba, espresaba ideas, reflejaba sentimientos y traducía pasiones que se

agitaban en el organismo de aquel monstruo de madera y hierro.

En el arrobamiento de la audición, en la dulce embriaguez que la música produce, me parecia que el almacen de pianos se trasformaba en sala severa de un Conservatorio, presidido por Chopin, Listz, Rubinstein, Mendehison y otros maestros cuyos retratos y bustos decoraban las paredes, y que aquellas figuras se agitaban y animaban, como evocadas á la vida por el fluido misterioso de la inspiración, que flotaba en aquel ambiente infiltrándonos á todos su esencia vivificante.

Mousqués, retirado en el fondo, escuchaba mas con atención de dueño que con afición de dilettante. En la postura, en el gesto, en la mirada, se comprendía que juzgaba mas de la sonoridad del instrumento que del mérito de la música. Mientras nosotros traducíamos nuestros entusiasmos en bravos y aplausos, Mousqués parecia decir por lo bajo: Suenan bien el Steinway!

Y vaya si sonaba! Es un instrumento espléndido, de una sonoridad admirable, puras y vibrantes las notas como si de copas de cristal fuesen arrancadas, obediente á los pedales, ora apagándose en vagas dulzuras de sordinas, ora irrumpiendo en fragores orquestales, estremeciéndose el mecanismo entero en la resonancia armónica del encordado vibrante.

De repente, Dalmiro se interrumpió, y como sacudiendo de un sueño, dijo prosaicamente:

--¿Qué hora es?

—Las cinco menos cuarto,—dijimos todos á la vez, atrasando nuestros relojes de media hora.

Dalmiro no se dió por satisfecho. Se puso el sombrero, salió al medio de la plaza, miró atentamente el reloj de la Catedral, y volvió estirándonos las mangas, y diciéndonos: —Me voy!

Fueron inútiles todos los ruegos. Le suplicamos, como quien pide limosna, que tocase *Fosforescencias*, *Nubes que pasan*, cualquiera otra de sus composiciones. Todo fué en vano.

—Pero ¿que apuro tienes en irte - le dije—después de tanto tiempo que no nos vemos, y cuando pasará quien sabe cuanto mas en volvernos á ver?

—Es qué, contestó, he resuelto irme á la Colonia y como nunca en mi vida he podido hacer mi gusto, quiero á todo trance hacerlo una vez siquiera, y me voy.

Y se fué.



LOS POCITOS

Si no vá errada mi cuenta hará cosa de cuatro años que no iba á los Pocitos, y con decir esto se comprenderá mi sorpresa al encontrarme con todo un pueblo trazado y edificado en lo que por aquella fecha eran áridos médanos de arena poblados tan solo por algunas lavanderas que empavesaban sus tendedores con las ropas y lienzos que colgaban á secar, flameantes como banderolas y gallardetes al soplo de la virazón que azota aquella playa abierta al Sur.

Lo que ha perdido el sitio de su agreste poesia lo ha ganado en comodidades de vida civilizada, con sus calles empedradas, con sus casas de recreo de caprichosa y elegante arquitectura, con sus jardines y parques y con los comercios y establecimientos que suplen todas las necesidades de los que alejándose de la ciudad buscan refugio durante el verano en aquella pintoresca costa siempre batida y refrescada por el oleaje del dilatado mar, en cuya solitaria planicie apunta tan solo el pequeño caserío de la Isla de Flores, que blanquea á lo lejos, casi en los confi-

nes en que el azul del cielo se funde en el azul de las aguas.

Forma allí la playa un seno en cuyo centro se levantan las construcciones del Establecimiento Balneario, arrasadas varias veces por las iracundias del mar que embravece el pampero, y reconstruidas otras tantas por la infatigable constancia de las diversas empresas que se han empeñado, hasta conseguirlo, en hacer de aquello una estación de baños, ensanchando cada año las instalaciones que son actualmente amplísimas y espléndidas con todo género de comodidades.

Aquello es ahora un verdadero casino balneario como los que se ven en las mas renombradas playas europeas. No hay lujo decorativo ni de amueblado, pero hay espacio, limpieza, aire, luz, buena mesa y mejor paisaje, de manera que está complementada la sanidad y el bienestar del cuerpo con el recreo del espíritu, que tiene su ambiente de salud en lo pintoresco del medio en que se vive.

Aquel hotel primitivo, de un solo piso y construido de maderas que sirvieron de pasto al incendio que hace un año devoró todas las instalaciones, es ahora un edificio de dos cuerpos, de paredes de fábrica, ocupando el primer plan el salon comedor, vastísimo y lleno de luz, y el segundo las habitaciones para los huéspedes, dispuestas en compartimentos muy cómodos. El comedor se prolonga en una estensa

terrazza que llega hasta la playa, y esa terraza está techada, casi hasta la mitad, por la balconada del piso superior, que sirve de amplio desahogo á las viviendas y donde se podrá comer por las tardes respirando el aire fresco de la playa y gozando del movimiento de la concurrencia que allí acude.

Es imposible veranear en condiciones de mayor comodidad y recreo: buenas las habitaciones, nuevos y confortables los muebles, el servicio esmerado, la mesa bien atendida, selecta la sociedad, el baño á la puerta de la casa por la mañana y por la tarde; y siempre á toda hora el variado panorama del campo y del mar y el ir y venir de multitud de mujeres elegantes, ataviadas con la frescura y gracia de los trajes veraniegos cuya tenuidad deja entrever y adivinar los contornos que ellas no quieren mostrar.

La playa se curva en un arco cuyos extremos avanza mas adentro en restingas pedregosas casi siempre coronadas de espumas, pues rompe en ellas el oleaje encrespado por la virazon que es constante en estos dias, no dando reposo al mar sino por la madrugada, en cuya hora se aquieta y se adormece sobre las arenas cardadas y mulidas con el incesante afan de las aguas, que parece que se entretienen en pulir y suavizar durante el dia el lecho en que han de descansar por la noche al sosegar ese viento inquieto que las revuelve y agita.

Bordan la graciosa curva de aquella ensenada

grandes médanos de arenas doradas por el sol que las hornea, entre las que crecen vegetaciones éticas y descoloridas, calcinadas las raíces en las entrañas caldeadas del médano y marchitas las hojas por el mar que escupe sobre ellas babas salitrosas que se cristalizan en las plantas abillantándolas como confituras azucaradas.

Tierra adentro la vegetación es mas lozana, aunque no viciosa, porque las brisas marinas aplacan las exuberancias de la sábia; pero con todo se ven grupos de árboles frondosos y el campo todo verdeando con los cultivos de hortalizas, dispuestos en cuadrados simétricos, cada uno de los cuales da un tono diverso de colorido, formando como un mosaico de variadas gradaciones de tintes verdosos.

Todo esto, sin embargo, médanos, árboles, costas, promontorios, no es mas que el marco del gran paisaje del mar, siempre mudable y cambiante, según la hora, según el viento, según vengan las corrientes de los cenagosos canales del delta ó de los profundos y transparentes senos del Océano; ora tendido como una inmensa sábana azul, ora agitado y convulso en olas barrosas devueltas por el pampero, otrora moteado de vellones blancos rizados por la virazón; solitario un rato, otro rato surcado por la afilada proa de algún trasatlántico que entra en reclamo del puerto ó se aleja para apartadas costas, poblado al caer la tarde por las barcas pescadoras que regresan

de sus atrevidas escursiones como bandadas de aves, impulsadas por sus grandes y graciosas velas latinas que tienen corte y vibraciones de alas, cruzándose las barcas que vienen en busca de la anhelada amarrazón con las gaviotas que van en demanda de su amoroso é ignorado nido, llevando unas y otras el sustento de los suyos.

Completan esta animación del dilatado cuadro del mar las escenas de la playa en que son actores bañistas y paseantes, los unos refrescándose en las inquietas aguas, los otros recorriendo la costa, cambiando saludos y miradas, otros sentados en la ámplia terraza contemplando el atrayente proscenio de que son protagonistas las olas, que parecen seres vivientes per la movilidad con que retozan, atropellándose una sobre las otras como aguijoneadas por el afan de vos cual de ellas ganará más terreno sobre las pulidas arenas, hasta que despues de mil tentativas infructuosas por alcanzar un montículo que se defiende como un baluarte, llega una mayar que las demás, toda enrulada de espumas rubias, y pasa la meta allanando la deleznable prominencia objeto de tantos ataques.

El mar tiene el mismo poder de atraccion que el fuego, como todo lo que es mudable y vário. Las olas como las llamas, fijan la atencion del espíritu en esos ratos en que se quiere no pensar en nada, y las horas pasan insensibles en esa contemplación vaga, es-

perando siempre ver algo nuevo, interesándose en el avance lento de las aguas que van ensanchando sus dominios por pulgadas, hasta que la cosa se revelar contra la invasión y empieza á hacer retroceder al asaltante, desalojándolo de las posesiones con tanto teson conquistadas, y quedando ambos dentro de sus naturales fronteras rehaciéndose para volver al poco rato á empeñar la interminable lucha.

Los Pocitos es el punto de recreo veraniego mas encantador que tiene Montevideo en sus pintorescos alrededores, y con ser ya un centro importante, lo será mucho mayor á medida que se generalicen los hábitos de vivir agradablemente, que es el gran vivir para el que puede alejarse de la estrechez de la ciudad en esta estacion en que todo el aire parece poco para satisfacer las funciones respiratorias y en que el espíritu busca amplitud para expandirse, concertando sus necesidades con las del cuerpo que tambien quiere espacio para solazarse.

Las comodidades de la casa las ofrece el hotel hasta donde el mas exigente las desee, los atractivos de la sociedad los brinda la bulliciosa multitud que allí se reune; los encantos de la soledad se encuentran á pocos pasos en diversos sitios de los agrestes contornos; los variados accidentes del paisaje se abarcan desde la cómoda terraza; y para la frescura é higiene del cuerpo está allí, á la puerta misma de la cómoda vivienda, la gran bañera de aguas traspas-

rentes y azules en que se mira el sol al nacer, en que se contempla en todo su esplendor cuando campea en el centro de los cielos, y en que se desmaya en la hora triste del crepúsculo, reflejando sus últimos rayos que pintan de carmin el torreón de¹ faro de la Isla de Flores, que fulgura allá lejos, muy lejos, por donde parece que viene entrándose la noche arrebujada en su negro velo moteado de chispas de plata, como el traje de una de aquellas hadas poseedoras de una vara de virtud cuya ayuda pediria ahora para que con su toque mágico diera vida, color y luz á este cuadro que tan pálido y sombrío me resulta cuando recuerdo todos los esplendores del paisaje que no ha muchos días ví y que no me atrevía á describir temeroso de la insuficiencia de mis letras para reproducir el panorama en toda su realidad.



MONTEVIDEO-ESPAÑA

Todo ese estallido de cohetes y petardos, ese resonar de músicas y redoblar de tambores, ese flamear de banderas ataviadas de rojo y oro, ese rodar de carros y coches, todo ese afán de gentes que con cara y traje de fiesta corre desde las tempranas horas de la mañana animando las calles, poblando de bullicio y alegrando de colores el aire y removiendo la ciudad entera que parece despoblarse, tal es el apremio con que sus habitantes se alejan hacia las afueras, anuncian que ha llegado el día en que una vez cada año la Sociedad Española de Socorros Mútuos celebra su romería á que concurren los vecinos de Montevideo, tan española por su alcurnia como por sus aficiones y que vuelve siempre con amor al regazo de aquella madre gloriosa de cuyas entrañas naciera, allanándose á las costumbres, deleitándose con las músicas, alborazándose con las danzas de aquella patria lejana cuyas costas besa el Mediterraneo azul y azota el furioso oleaje del Cantábrico bravo.

Si bien pasó el momento histórico en que el poder político de España pudo decir que en sus dominios

no se ponía nunca el sol, no se ha borrado ni se borrará jamás el hecho de que en los dominios de la raza sea perpetuamente día, trasfundiéndose siempre en nuevas zonas y en nuevos climas las costumbres, el habla, los sentimientos, la bravura y la hidalguía de aquel pueblo esforzado y noble que cuenta una gloria en cada página de su historia y que llenó el mundo con su nombre al estender sus límites, llevando á cima la mas portentosa aventura que la audacia del hombre haya intentado, como si fuera pequeño el teatro de su propio suelo para demostrar su grandeza y ejercer su poderío, yendo á buscar el ensanche en ignotas tierras desflorando por vez primera la virginidad de los senos del Atlántico con la quilla de las históricas carabelas.

Todo ese grandioso pasado reverdece en el recuerdo cuando de fiestas españolas se trata, cuyo objeto aparente es el solaz y el regocijo, pero cuyo fin verdadero es que el amor de la patria eche nuevas raíces en el corazón de sus hijos ausentes, que se congregan hoy en animado y bullicioso grupo, confundiendo todos los que emigraron de sus montañas y de sus playas para buscar en las nuestras el trabajo que encontraron y que retribuye generosamente sus honrados afanes libertándoles del yugo de la pobreza y haciéndoles accesibles todos los pedruzcos de la escala social, hasta alcanzar, como mu-

chos han alcanzado, las alturas de la posición y de la fortuna.

Descendientes de godos y de celtiberos, de provenzales y de muzárabes, desde los nacidos en las escarpadas faldas de las sierras pirinéas hasta los que crecieron en las saladas playas del Mediterráneo: gallegos, catalanes, vascos, manchegos, andaluces, aragoneses, otrora vasallos de diversos reinos y feudos, hoy día súbditos de una sola patria, cobijados bajo un solo pabellon, reverentes á un solo escudo; miembros todos de la gran familia hispana, se apiñan en el campo de la romería para expandir sus sentimientos y reavivar los recuerdos de la tierra lejana cuyas músicas, canciones y bailes se reproducen en cada grupo al son de plañideras gaitas y de roncós tamboriles, oyéndose aquí rasgueos bullanguero, de guitarras sevillanas, allá discretos punteos de bandurrias, aculla agudas notas de pifanos vizcainos y tonos melosos de dulzainas navarras, más lejos repiqueteos de costañuelas y redobles de panderetas, marcando aquellas el compás de la muñeira cadenciosa, estas las figuras y mudanzas del zortzico, aquestas el zapateo de las jotas, estotras los dengues lujuriosos y el agitado zarandeo de boleros y manchegas de esas que

no tienen miga

si no se ve en las vueltas

hasta la liga.

Todo es contento y algazara bajo las rústicas enramadas y las tupidas arboledas, por entre cuyo follage azulea el humo de cien hogueras á cuyo amor hierven las suculentas ollas y se doran los asados que han de ser poco mas tarde copiosamente regados con los variados vinos que produce aquella patria de las mas celebradas cepas, desde el basto peleón hasta el generoso amontillado, el valdepeña áspero y el dulcísimo garnacha, el gallego, el navarro, el del priorato catalan, el afamado de la Rioja y los celebrérrimos de la Andalucía que hacen cantar y bailar como nadie baila ni canta en el mundo.

Lo único que falta para caracterizar todas aquellas escenas de costumbres españolas son los trajes, que quedaron olvidados en el fondo del arca: despreciando la gallega sus pintados refajos y la andaluza su graciosísima mantilla, para uniformarse todas por el patrón que de Francia nos viene, perdiendo así la fiesta su nota típica y resintiéndose las danzas de cierto desgarmo efecto de lo inapropiado de los vestidos que no permiten aquella soltura y meneo que le da gracia y donaire.

Però este detalle se olvida en la animación del conjunto, que es genuinamente español y que remeda las romerías madrileñas y las ferias sevillanas. Cada provincia, cada comarca, da su nota en ese concierto patriótico, la una con sus cantos, la otra con sus danzas, aquella con sus juegos, oyéndose por doquiera.

ra gallegadas, peteneras, pasacalles, rondeñas y malagueñas, mientras los vascos hacen alarde de su agilidad y de su vigor en el nobilísimo juego de la pelota, que mas que un pasatiempo es una institución de aquella raza nervuda y fuerte que puebla la montañosa región eúskara. Faltan tan solo los toros, desterrados de nuestras costumbres en nombre de una civilización que consiente y alienta usos más reñidos con la moral que el que es rey de los espectáculos por sus múltiples atractivos, por sus variadas suertes, por reunir en sí solo el arte y la bravura, haciendo palpar todas las fibras del entusiasmo en esa lucha entre la destreza del hombre y la pujanza del bruto.

Ese rincón de nuestro suelo en que se celebra hoy la romería será durante algunas horas trasunto de España en que nos confundiremos todos los hijos de la madre patria cuyas virtudes hemos heredado y cuya rica habla cultivamos, estrechando en la intimidad de las expansiones los vínculos que nos ligan á los de allende los mares venidos con los aquí nacidos, que nunca podremos olvidar que es uno nuestro origen, una nuestra lengua, y una nuestra aspiración por la felicidad y engrandecimiento de aquella tierra cuya bandera pinta en sus colores el oro de sus tesoros y el rojo de la sangre de sus esclarecidos héroes y mártires, y esta nuestra cuyo pabellón retrata el purísimo azul de este cielo bajo el cual se congregan

hombres de todas las nacionalidades traídos por un anhelo de paz y de trabajo que encuentran aun en medio de las vicisitudes que momentaneamente nos perturban.



ÍNDICE

	<u>PÁGINAS</u>
Las rosas de la villa Eastman.	1
Santa Ecilda.	5
El <i>Emperor</i> en la borrasca,	17
Una quemazón de campo.	21
Una acampada.	36
La barca <i>Puig</i>	53
Cabaña Progreso.	57
Los viñedos de La Cruz.	69
Una audición	79
Los Pocitos	87
Montevideo-España.	94

